TEMAS SEXUALES



A. MARTIN
DE LUCENAY

1'25
PTS.

los artificios del placer

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

42

A. MARTIN DE LUCENAY

LOS ARTIFICIOS DEL PLACER

Procedimientos masculinos.—Los artificios de las vírgenes.—Amantes inanimados.—Los recursos de los asiáticos.—Cómo aumentan el placer los salvajes



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
ENERO 1934

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

En todos los tiempos y lo mismo entre los civilizados que en los pueblos salvajes más apartados de la civilización, el impulso sexual ha sido y es la fuerza más potente y difusa de toda la actividad humana.

La inteligencia del hombre y su cultura, que tan poderosamente influyen en las formas da manifestación de las energías sexuales, no siempre se han aplicado en el sentido de dominar los impulsos animales y encauzarlos debidamente por los derroteros que interesan al perfecto equilibrio de la salud moral y física de la sociedad y el individuo. Esta es una labor encomendada a los moralistas y a los médicos, los cuales, justo es confesarlo, han reconocido en toda época la esterilidad de sus esfuerzos en lo que se refiere a determinadas modalidades de la intimidad sexual. En cambio, otros elementos, en contraposición con las ideas morales y ateniéndose exclusivamente a los imperativos de su egoísmo, idean sistemas e inventan artificios de todo género para satisfacer sus impulsos anormales o bien para aumentar las sensaciones naturales de los placeres.

Las causas que determinan esta conducta son muy numerosas. En primer lugar, como razón típica, nos encontramos con las restricciones impuestas por la moral al ejercicio de los derechos naturales. Después vienen las razones de la conveniencia personal de una complejidad abrumadora, que tiende a controlar los efectos de las funciones fisiológicas, haciéndolas compatibles con la moral y con la economía, elemento éste principalísimo en la determinación del equilibrio social a que lógicamente han de aspirar los humanos, al menos en aquella parte de la existencia que dependa exclusivamente de la propia voluntad.

No sé de ningún pueblo, civilizado o inculto, donde el ingenio de los naturales del país o el de otras gentes extrañas no haya creado o implantado artificios que tiendan a sustituir de alguna forma los métodos naturales de satisfacción sexual, o si no a sustituir, a ha-

cer más intensas las manifestaciones psicofísicas de esos placeres. Esto ocurre, como antes decimos, en virtud de muchas razones, algunas relativamente justificadas, como en los casos de ciertas enfermedades o trastornos que representan un obstáculo invencible para el normal disfrute de los placeres eróticos naturales.

Pero fuera de este aspecto, cuando la justificación no puede encontrarse más que en el vicio—palabra de escaso valor científico—o en el cansancio producido por el constante empleo de los medios naturales, esos procedimientos artificiales y extraños llegan a ser tanto como un instrumento o un órgano natural del que no puede prescindirse, porque el artificio representa el centro de la actividad psicológica, algo así como un verdadero fetiche sexual de difícil sustitución.

Este aspecto de la misión de esos aparatos o mecanismos auxiliares para el cumplimiento de las funciones sexualcs más morales, puesto que en muchos casos tienden lo mismo a la experimentación del placer que a la reproducción de la especie, y aun diríamos que con este exclusivo objeto, como se observa en muchos pueblos asiáticos y africanos, en los que se cree que las probabilidades de fecundación son mayores cuanto más intensas sean las emociones eróticas experimentadas en las relaciones sexuales, este aspecto, repetimos, no ha sido estudiado con la seriedad que merece; muchos etnógrafos desdeñaron su importancia por apreciar el detalle desde el punto de vista exclusivamente erótico o, por mejor decir, del libertinaje sexual, y no concediéndole más interés que el que inspira una mera curiosidad etnográfica sin trascendencia científica.

Ahora bien, tampoco debemos ser demasiado rígidos en la apreciación favorable al empleto de esas ingeniosidades; porque, si estudiamos esos artificios en su relación con la masturbación, huelga decir que la inmoralidad es manifiesta, y que la disculpa no puede ofrecérsenos por ninguna parte. Y fuera de la masturbación, es decir, de la esfera del comportamiento más egoístico, no siempre es el hombre el que idea ésos artilugios para aprovecharse de ellos, sino que los emplea, única y exclusivamente, para satisfacer los deseos de la mujer, infinitamente más perversa que el hombre en este sentido.

Como veremos más adelante, la inmensa mayoría de los objetos y artefactos inventados para aumentar los placeres sexuales, lo han sido para la mujer, para redundar en su exclusivo beneficio, casi siempre, con notorio perjuicio de los intereses eróticos del hombre, que no ha sido otra cosa sino un instrumento más en la absoluta artificiosidad de la producción de los deleites que tanto benefician al sexo femenino.

Hay procedimientos de una vulgaridad tan grande como originalísimos son otros, reveladores de una fantasía inconcebible. Asia parece ser la parte del mundo en que más fecunda es la imaginación de las gentes, lo que se explica, hasta cierto punto, lo mismo en virtud de la paciencia proverbial del asiático, que por el agotamiento sexual psicofísico de esas razas que, como hemos visto en los dos volúmenes anteriores, abusan de todos los recursos posibles para aumentar la felicidad de la tierra, acaso por no estar muy seguros de que existan placeres mejores en el cielo.

Hemos logrado reunir numerosísimas investigaciones referentes a esas modalidades de la satisfacción sexual esencialmente artificiosa; pero es bien seguro que ha de haber muchos procedimientos más que han escapado del área de nuestras minuciosas observaciones. No obstante, como verá el lector, los procedimientos que pasamos a referir demuestran que es muy poco lo que aún nos reste conocer en tan curiosísimo aspecto de la sexualidad.

PROCEDIMIENTOS MASCULINOS

Variedades de los artificios.—Su simbolismo. Razones psicológicas de su empleo.—El empleado de los coches - camas. — Masturbación masoquista.—La uretra como zona erógena. Instrumentos empleados. — Los peligros. — El orificio del baño.—La cuba y las ratas.—Aparatos mecánicos.—La masturbación eléctrica. Un sanatorio «modelo».—Masturbación rectal. Objetos extraños.—El frasco de agua milagrosa.—Casos curiosos.

Ya sabemos que el aspecto más frecuente de la satisfacción sexual y el más practicado en todos los tiempos, y por el género humano todo, es la masturbación, que en el volumen correspondiente diferenciamos debidamente de la expresión más reducida del autoerotismo. La masturbación puede ser manual, o sea la que se realiza sin el auxilio de otros medios que no sean las manos, y también por medio de frotaciones con cualquier parte del cuerpo, o por medio de cualquier instrumento, por frotación, por fricción del glande, por la introducción de un objeto en la uretra o por mecanismos ejercidos en el orificio anal, de forma que tales artefactos representen el verdadero agente provocador de la detumescencia.

En este sistema de autoerotismo intervienen los mismos factores psíquicos de que hemos hablado al referirnos a la masturbación en general, es decir, los mismos fantasmas e idénticas figuraciones.

Los objetos empleados pueden ser completamente neutros desde el punto de vista psicológico, o bien tener el valor de verdaderos fetiches que sean símbolos sexuales materiales. El símbolo espiritual, como ya hemos dicho, es el fantasma, resultando el mecanismo completa o relativamente independiente de la significación del acto.

Los casos de masturbación por medio de artificios fetichistas ofrecen aspectos curiosísimos y de una rareza extraordinaria. No cabe duda que en estas modalidades, lo que importa realmente es el mecanismo psicológico, ya que en muchas ocasiones resulta completa-

mente inconcebible que un mecanismo de roce levísimo ejercido sobre los genitales, el pene o los testículos, pueda determinar excitaciones de poder suficiente para provocar el orgasmo y la eyaculación. Esto no puede ocurrir más que en virtud de fuertes excitaciones psíquicas, de estados de verdadera hiperestesia, por lo que el artificio apenas si puede ejercer influencias destacadas desde el punto de vista que podemos denominar específicamente mecánico. No obstante, si el masturbador se ve obligado a prescindir de tal mecanismo, la excitación no es posible y, por tanto, tampoco lo es el orgasmo. Entonces es cuando se evidencia la enorme importancia que tiene el artificio, pero no por sí mismo, sino como símbolo exclusivamente.

Muy frecuentemente estos procedimientos están asociados a cualquier forma algolágnica, siendo mucho más común el masoquismo que el sadismo. Que el masturbador es, en el noventa por ciento de los casos, un tímido o un débil sexual, es un hecho ampliamente comprobado. El masturbador sabe por experiencia que es capaz de experimentar fuertes erecciones de prolongada duración y, además, no huye de la mujer, sino que todos sus fantasmas se forjan a base de la posesión normal de una mujer de su agrado. Ahora bien, el fenómeno que contribuye en gran parte al sostenimiento de su hábito no es más que el temor de "hacer mal papel" con una mujer cualquiera, o particularmente con aquella que pretende poseer en sus manejos masturbatorios.

Su timidez, por tanto, tiene mucho de femenina en esta debilidad, aparte de que, en virtud de otras razones psicológicas, se cree tan inferior a la mujer porque piensa que ella tiene que conocer en sus actitudes o en sus gestos cuál es el vicio que le domina. Toda esta suma de circunstancias es lo que contribuye a crear en un hombre aparentemente viril ese estado de pudor o de feminidad que da lugar al desarrollo del sentimiento masoquista, al deseo de ser subyugado, y como este dominio no puede conseguirlo en la realidad, se concreta a valerse de un artificio que de cualquier manera le produzca un dolor, es decir, un reflejo de la humillación real que anhela. Veamos algunos casos.

Un joven de diecinueve años, de herencia neuropática, vió en un gimnasio cómo una muchacha trepaba por una pértiga colgante. Hasta aquella edad había practicado la masturbación, aunque con escasa frecuencia, y practicado el acto sexual cuatro o cinco veces con prostitutas. Pero cuando vió trepar a la joven, que era de su agrado,

sintió una fuerte excitación erótica que calmó por medio de la masturbación.

A partir de entonces, en sus placeres solitarios su fantasma erótico no fué otro sino imaginarse a la muchacha descendiendo por la pértiga con la idea de que, en realidad, no era ella la que descendía, sino que la pértiga se la introducía por la vagina.

Con el pretexto de hacer gimnasia, instaló una pértiga semejante en el desván de su casa provista de un mecanismo adecuado para que el palo pudiera moverse como un péndulo. Se echaba sobre un taburete, y, por medio de una cuerda, hacía que se moviese la pértiga de forma que su extremidad le golpease el pene y los testículos. Todo esto se descubrió cuando el muchacho tuvo necesidad de recurrir a un médico para que le curase una fuerte inflamación producida por los dolorosos traumatismos producidos por aquel artificio.

Para el vicioso, aquel instrumento simbolizaba exactamente un sustitutivo del pene empleado, según su criterio, por la joven para masturbarse. No puede decirse que equivaliese a un símbolo de homosexualidad, puesto que la atracción ejercida por la pértiga en su sexualidad era la misma que en otros fetichistas ejerce un objeto cualquiera de uso femenino que, de una manera permanente u ocasional, pudiera estar en contacto con sus órganos genitales. Es la fascinación que se desprende, por ejemplo, de una cánula de irrigaciones de un "culotte", de un pesario vaginal, etc.

Su timidez le sometía "in mente" al dominio de la muchacha, y la humillación de que anhelaba ser objeto se traducía prácticamente en aquella manifestación algolágnica pasiva promovida por un fetiche específicamente sexual.

Como se ve, la asociación de los elementos psíquicos y físicos era completa, hasta el extremo de sustituir enteramente a los mismos mecanismos de las excitaciones normales con la suma del masoquismo material producido por la acción mecánica del símbolo erótico. Este individuo logró curarse de su manía al cabo de unos meses con el auxilio de la psicoterapia, unida a la acción del bromuro y otros anafrodisíacos.

Los zapatos femeninos son empleados también para producir excitaciones sexuales solitarias, y algunas veces, como en el caso anterior, con la concurrencia del elemento masoquista. Un empleado de los coches-camas de una línea internacional tuvo en una ocasión una aventura sexual con una viajera que calzaba unos lindos zapatos de charol negro. Este detalle se quedó grabado en la imaginación del

empleado, quien, por otra parte, jamás experimentó emociones fetichistas. Aquella mujer terminó su viaje, y el empleado no volvió a tener noticias de ella. Ahora bien, jamás pudo olvidar aquellos zapatos ni el gesto dominador de su amante de una hora.

Desde entonces, cada vez que recordaba la escena se excitaba sexualmente, y las veces que buscó la compañía de otras mujeres no podía evitar un movimiento instintivo que le llevaba a fijarse en los zapatos. Un día, cuando fué a hacer la limpieza de un departamento, halló un par de zapatos que indudablemente se dejó olvidados alguna viajera. Recordando la aventura pasada, experimentó una fuerte excitación sexual, ocurriéndosele golpearse suavemente el pene con uno de los zapatos. Poco a poco fué aumentando la violencia de los golpes, y de esta forma obtuvo el orgasmo. En lo sucesivo, dejó en absoluto de frecuentar mujeres, satisfaciéndose sólo por ese procedimiento que llegó a perfeccionar. Para ello unió ambos zapatos por los tacones valiéndose de una bisagra, y cada vez que sentía deseos de masturbarse, introducía el miembro viril entre las suelas de los dos zapatos, ejerciendo presión con las manos.

Los casos de masturbación masoquista suelen ser siempre graves. Se conocen muchos por los cuales se observa la existencia de una sensibilidad especial de los sentidos en lo que concierne a la erótica, pero que a la vez revelan un grado de anestesia total muy semejante a la producida por el opio. No obstante, también puede existir una anestesia epidérmica para el placer, encontrándose la sensibilidad en los tejidos profundos, pero no para el dolor, sino para el deleite sexual.

El doctor Chopart refiere el siguiente caso de un pastor del Languedoc. Desde la edad de quince años acostumbró a masturbarse ocho veces al día. La evaculación y el orgasmo se presentaba cada vez con más dificultad, hasta el punto de que, al cabo de once años, tales manejos dieron lugar a un constante estado de priapismo sin serle posible obtener el orgasmo. Un día se le ocurrió introducirse en el canal de la uretra un palillo de madera de seis pulgadas de longitud, y durante dieciséis años consiguió experimentar la evaculación por medio de tal procedimiento. Pero también al cabo de ese tiempo, las excitaciones obtenidas por dicha mecanismo se hicieron más débiles, por lo que resolvió practicarse una incisión en el pene, valiéndose de un cuchillo, a fin de abrir más el orificio del meato urinario.

Esta operación, lejos de serle dolorosa, le procuró una sensación

agradable, seguida de abundante eyaculación. Según Chopart, esta misma experiencia la repitió numerosas veces, siempre con el mismo resultado satisfactorio para sus sentidos. Por consecuencia de tan repetidos cortes, la verga del individuo quedó hendida de tal forma, que ya no eran más que dos colgajos carnosos unidos por el pubis. Cuando ya no tenía nada más que cortar, recurrió nuevamente a la varilla de madera, con la cual se procuraba el orgasmo frotando el resto de uretra hasta el cuello de la vejiga.

Un día quiso producir excitaciones en el interior de la vejiga, y la varilla se le quedó dentro, viéndose imposibilitado para extraerla, por lo que recurrió al doctor Chopart, que consiguió sacarle aquel objeto no sin grandes dificultades.

En este caso, no cabe duda que las maniobras habían de ser dolorosas, ya que, siendo la insensibilidad sólo epidérmica, no es posible que tan profundas incisiones dejasen de afectar a los nervios peneanos. No obstante, hay que tener en cuenta todo cuanto hemos dicho al hablar del sadomasoquismo para mejor podernos explicar tan extraños fenómenos autoalgolágnicos sin asociación alguna con un fetiche o un símbolo erótico, como sucede en los dos casos anteriormente citados.

Otro caso citado por el doctor Fiardeau, de Saumur, es el siguiente: Un joven de veinte años se servía de un alambre de unos doce centímetros de longitud, una de cuyas extremidades había doblado en forma de gancho, seguramente, con el fin de aumentar las excitaciones.

Se masturbaba introduciéndose el alambre en el canal de la uretra e imprimiéndole un movimiento de rotación: llegaba hasta el fondo de la fosa navicular.

Un día, que practicó estas maniobras de una manera más desordenada que de costumbre, la punta del gancho se clavó en la porción membranosa del canal de la uretra, y en los esfuerzos que hizo para retirar el instrumento, se introdujo el gancho más profundamente. Varios días estuvo intentando extraer el alambre, aunque inútilmente, y como se presentase una inflamación purulenta, consecutiva de una infección provocada por el alambre, se dirigió a la clínica del doctor Fiardeau, quien le practicó una dificilísima operación.

Lallemand cuenta el caso de un muchacho que se introdujo en la uretra un trozo de aguja de hacer colchones, con ánimo de masturbarse. El fragmento, que conservaba la punta muy afilada, se le

quedó dentro, y en los esfuerzos que realizó para extraerlo, se la clavó en la porción esponjosa del miembro, dando lugar a una intensa hemorragia. La herida se infectó y al poco tiempo hubo necesidad de amputarle el miembro por habérsele declarado la gangrena.

Sabatier dice que en una pequeña ciudad francesa practicó una operación consistente en librar a un joven de la opresión de un anillo por el que introdujo el pene en estado de flacidez, pero que al entrar en erección se inflamó de tal forma que el anillo produjo la estrangulación del glande como en las casos de parafimosis. Refiere también que un joven hizo pasar su miembro por un llavero hasta la raíz; se produjo una gran inflamación, y sólo con la ayuda de una herramienta de cerrajero fué posible librarle de aquella opresión. Otro caso parecido es el de un muchacho que se sirvió de una virola de hierro que sólo pudo ser extraída introduciendo entre el artefacto unos pedazos de madera, a fin de poder limar el hierro sin herir al joven en un órgano tan delicado.

Un joven que se estaba bañando tuvo la ocurrencia de masturbarse introduciendo el pene en el orificio destinado a dar salida a las aguas de la bañera. A consecuencia de la fuerte congestión del glande, se inflamó de tal modo que, en los esfuerzos que realizó para poder sacar la verga, se produjo diversas heridas, sin conseguir extraerla. A los gritos de socorro acudieron varias personas que tuvieron que empezar por descerrajar la puerta del cuarto de baño. Como la inflamación no cediese, fué preciso cortar la bañera, de cuya forma se le pudo librar de aquella formidable tenaza.

Un caso curiosísimo y jocoso, si no hubiera sido por las consecuencias lamentables que tuvo, es el siguiente: Un hombre de treinta años, que se había masturbado desde los catorce y algo desequilibrado, tenía un miembro viril bastante desarrollado por consecuencia de la misma gimnasia masturbatoria. Se hallaba empleado como mozo en un almacén de comestibles, y tenía su dormitorio en los sótanos del establecimiento.

En una ocasión se le ocurrió masturbarse introduciendo el miembro viril en el orificio de una cuba de madera que había contenido vino, pero cuando quiso sacar el pene, la inflamación del glande se lo impidió. Trató de mover la cuba en todos sentidos, con el fin de librar su "penis captivus", pero todo fué inútil. Mas no paró aquí el lance: de pronto sintió un roce en el glande y después la sensación dolorosísima de una mordedura. Empezó a gritar desesperadamente, acudiendo unos compañeros que tomaron el caso a risa, dejándole en tal estado para continuar la broma, mientras el infeliz no dejaba de gritar. Al fin, rompieron la cuba, encontrándose entonces con que una enorme rata y sus crías ocupaban aquel domicilio. Lo peor fué que el glande, que había adquirido el volumen de una gruesa naranja, estaba destrozado en parte a consecuencia de los mordiscos del repugnante roedor.

Inmediatamente fué conducido el joven a casa de un médico, el cual procedió a curar al herido, empezando por contener la abundante hemorragia producida por las profundas mordeduras. Al cabo de dos meses curó de las lesiones, pero no sin perder el glande y una gran parte del cuerpo peneano, que hubo necesidad de amputarle en vista de la grave infección local que se le declaró.

Todos estos mecanismos, como se ve, no pueden ser más vulgares ni menos ingeniosos. Desde el punto de vista psicológico, el orificio es un símbolo de la vulva. Este simbolismo no se extiende a otras partes del artefacto, sino que se centra exclusivamente en el punto donde radica el mecanismo excitador. No se asocia, por lo general, la visión o el fantasma de la mujer, por lo que puede decirse que el artificio no pasa de ser un sustitutivo del mecanismo manual.

No obstante, en algunos casos, se observa cierta asociación psicoerótica, como en el caso de un escultor que se confeccionó una escultura de mujer en posición conveniente y construída de materiales adecuados en la forma que veremos en otro capítulo.

Un verdadero mecanismo masturbador es el que inventó para su uso particular un relojero suizo. Era la maquinaria de un reloj que accionaba a unas aspas parecidas a las de un ventilador, las cuales, al moverse a muchas revoluciones, excitaban las partes sensibles del glande, produciendo así el orgasmo.

La electricidad ha sido empleada también con este fin. Un practicante de cirugía empleado en un gabinete de diatermia, se introducía en la uretra una varilla de cristal y platino, con la que obtenía muy intensas satisfacciones voluptuosas.

Esta energía, que se emplea con bastante éxito en los casos de impotencia, sirve con mucha frecuencia para pronunciar satisfacciones eróticas. Un periódico hablaba hace años del sanatorio del doctor Graham, de Londres, en la forma siguiente: "Graham ha conseguido dar pautas para la construcción de aparatos restauradores de la fuerza humana en su santorio londinense, al que llama aquel médico "Templo de la Salud", que le ha costado mil escudos. Gentes muy cultivadas y distinguidas confiesan que no han visto cosa se-

mejante. Se trata, efectivamente, de un templo regiamente amuebla do, donde se escuchan deliciosas sinfonías, se aspiran perfumes quin taesenciados y pueden contemplarse espléndidos efectos luminosos El doctor recomienda cierta moderación en los sacrificios que se ofrecen a la divinidad voluptuosa del templo. Hay en él lecho maravillosos electromagnéticos que excitan los órganos dormidos en tre tapices persas y cuadros voluptuosos. Los lechos tienen soporte de cristal y están cubiertos con telas riquísimas y colores azul celeste, púrpura, etc.

"En una habitación inmediata se halla la máquina productora de energía, que va a los lechos por conductos invisibles; corrientes vivificadoras de tan intenso poder que encienden en deseos ardientes a mujeres y hombres hasta llegar al delirio. Allí se restauran las fuerzas en decadencia, se halla de nuevo la virilidad cuando los placeres disminuyen los efectos, se experimenta el vigor de la juventud, las parejas estériles dejan de serlo y el estrago de los años se trueca en delirio juvenil. ¡Templo maravilloso! Encierras altares voluptuosos y estimulas el placer, conviertes en madres a mujeres estériles y en padres a hombres decadentes; reanimas los corazones y eres refugio placentero de los hombres conspicuos, que ven perpetuarse su raza."

Huelga decir que bajo la apariencia de un gabinete de electroterapia, lo que se ocultaba en el templo del citado doctor no era más que un conjunto de artificios destinados a producir placeres eróticos por procedimientos eléctricos. Era la masturbación, el flagelantismo—suprema debilidad de los ingleses—y otras variedades algológnicas. El célebre sanatorio dió mucho que hablar a la gente, y no poco que hacer a las autoridades, pues concurrían a él personalidades muy significadas de la sociedad londinense.

Malhermann cita algunos casos parecidos, y dice: "En vista de que la concepción se ve favorecida cuando la atmósfera está saturada o muy cargada de electricidad y que las observaciones coinciden en atribuir efectos contrarios cuando el tiempo es magnéticamente tranquilo, el doctor Bertholon estableció el tratamiento de la anafrodisia y de la erotomanía valiéndose de la electricidad. El mismo doctor asegura la autenticidad del caso siguiente: "Un matrimonio no había tenido sucesión en los diez primeros años de su unión; pero la electricidad reanimó sus esperanzas cuando ya estaban a punto de perderlas. Aislaron el lecho. Se estableció un hilo metálico de comunicación que, a través del tabique de la alcoba, se nutría en una



MESTIZA GUADALUPEÑA

El mecanismo masturbatorio más frecuentemente usado por las vírgenes de esta colonia consiste en estimular el órgano clitoridiano por medio de una gota de agua.

LAMINA I



EL SIMBOLISMO DEL PLÁTANO

Lo mismo en la mitología de muchos pueblos que en la vida real, el plátano se ha considerado como uno de los artificios del placer más comúnmente usados por las mujeres. (Foto Manassé.)

LAMINA II

máquina productora de electricidad instalada en un cuarto inmediato. Un tubo de cristal atravesaba el tabique, con objeto de aislar convenientemente los efectos del hilo conductor. A los quince días de practicar el procedimiento concibió la esposa, y en el tiempo correspondiente dió a luz con toda felicidad." Y añade Malherman: "La explicación de tal influencia es racional, ya que una tempestad acciona sobre los centros nerviosos de muchos sujetos. ¿Cómo es posible que los centros nerviosos correspondientes a los órganos sexuales se liberten de la influencia eléctrica? Y aceptando el hecho, ¿cómo es posible admitir el efecto de la electricidad atmosférica y negar el de la que se produce en un gabinete? A veces se da el caso de que una chispa de electricidad atmosférica hace impotente a un hombre, y otra chispa devuelve al mismo sujeto su virilidad normal."

Un autor refiere el caso de un individuo que para masturbarse aplicaba un hilo de cobre a los dos polos de un conmutador eléctrico, y con el otro extremo se procuraba deleitosas sensaciones. Esta operación la practicó hasta que murió a consecuencia de una fuerte descarga eléctrica.

Hace dos años tuve noticias de un club de masturbadores que también utilizaban la electricidad combinada con otras excitaciones para disfrutar de los placeres sexuales. Formaban la sociedad siete individuos, entre ellos dos casados. El procedimiento consistía en la introducción en el ano de unos falos de cuero a los que se enrollaba en espiral un hilo de cobre. Los hilos se derivaban de una resistencia preparada al voltaje conveniente.

Las paredes de la estancia donde tenían lugar tales reuniones estaban cubiertas de fotografías obscenas, algunas de tamaño natural. Algunos de ellos eran aficionados al opio, vicio que introdujo un estudiante chino que formaba parte de la extraña sociedad.

El doctor Lariboisiére refiere un caso de fetichismo de los pendientes. Un individuo se introducía en el canal de la uretra dos pendientes metálicos en forma de aceituna, los cuales pendían de un hilo de cobre en comunicación con la pila seca de una lámpara eléctrica. Este individuo no podía experimentar sensaciones con otros objetos que no fueran los pendientes, que habían pertenecido a una mujer a quien deseó el vicioso sin poder conseguir sus favores.

En Marruecos me han referido el caso de un morito de catorce años de edad que se masturbaba introduciéndose en la uretra un cartucho de fusil Maüsser, de forma que la bala profundizase todo lo posible. Completaba las excitaciones golpeando suavemente con una

piedrecita en la base del cartucho que, en el momento de la eyaculación, era despedido por la fuerza de la corriente espermática. Enseñó la maniobra a un amigo suyo de edad aproximada, y como no recibiese ninguna sensación, golpeó con más fuerza el cartucho que, por estar cargado, explotó, destrozándole el vientre. El muchacho marchó por su pie a un dispensario, pero falleció en el momento de ser tendido en la mesa de operaciones.

Los mecanismos masturbadores por vía rectal son conocidos de muy antiguo El médico francés doctor Pouillet refiere casos de varios masturbadores de edad, los cuales se sirven de una bolita de marfil provista de un vástago de metal, cuya extremidad queda fuera del orificio anal durante su empleo. Los movimientos bruscos imprimidos al vástago engendran una serie de vibraciones que se comunican a la bola de marfil, que se pone en contacto con la próstata, determinando una serie de sacudidas favorables al eretismo genital.

Los ejemplos no son raros, en efecto, de individuos que reclaman la intervención del médico para la extracción de cuerpos extraños introducidos en el recto bajo los pretextos más absurdos. Unos dicen que lo hicieron con objeto de curarse un estreñimiento pertinaz; otros, para curarse las hemorroides, y no faltan quienes aseguran que la presencia del objeto obedece a cualquier motivo casual, como por ejemplo haberse sentado sobre el objeto sin advertir su presencia.

Morand refiere que en una ocasión se presentó un sexagenario en un hospital solicitando asistencia facultativa para curarse los fuertes dolores que experimentaba en el recto. Se procedió a practicar una investigación, y el doctor Gérard logró extraerle un pedazo de palillo de hacer crochet. El anciano decía que se había introducido también la cánula de una jeringa; pero, sin duda, por hallarse muy profunda, no pudo salir inmediatamente. En esto se incorporó de la cama de operaciones, y se negó a que continuase la operación, y cuando llegaba al patio del hospital, él mismo se extrajo la cánula, sin duda, en virtud de haber desaparecido el obstáculo que suponía el pedazo de palillo.

El mismo autor dice que un hombre de treinta años se producía la masturbación rectal por medio de un trozo de madera de tres pulgadas de longitud por dos de grueso. El objeto se le quedó una vez dentro de tal forma encajado, que la defecación le era imposible. Acudió a la clínica del doctor Sancerotte, el cual, en vista de

que era imposible retirar aquel objeto con las pinzas, no tuvo más remedio que emplear una barrena a modo de sacacorchos, con lo que pudo extraer la madera, que se había dilatado considerablemente a consecuencia de la humedad.

Nolet cita el caso de un religioso, el cual reclamó asistencia facultativa para extraerse del recto un frasco largo y estrecho que, sin duda alguna, había empleado para masturbarse llenándolo de agua caliente. Manifestó este individuo que se había introducido el frasquito lleno de agua de la reina de Hungría, con el fin de curarse el estreñimiento. Desault habla de un escritor al que extrajo del recto un frasco de confitura de cinco pulgadas de longitud y seis de diámetro en su base. Cuffet cuenta el caso de un individuo que, habiéndose introducido en el recto un vaso que cogió en un cabaret, se le rompió, causándole lesiones graves. Los trozos de vidrio pudieron serle extraídos por medio de unas pinzas, no sin que la operación le costase bastantes sufrimientos. No obstante, no se curó de su manía: unos días después se introdujo una botellita de cristal, y para extraerla utilizó el mango de una badila, con lo cual rompió la botella dentro del recto, produciéndose graves lesiones, de las que tardó en curar mucho tiempo.

El mismo médico cuenta la historia de un agricultor de cuarenta y seis años, el cual se masturbaba ordinariamente con la ayuda de una espiga de cebada que se introducía en la uretra. Como por este procedimiento dejase de experimentar las sensaciones que anhelaba, se introdujo en el recto una petaca de forma cilíndrica de bastante volumen. Un cirujano le extrajo el objeto en una arriesgada operación, pero al poco tiempo de ello se introdujo un vaso de madera que obstruyó el intestino. Repetidas veces intentó la extracción del vaso, y al cabo de cinco días recurrió a las auxilios de la ciencia. Se le practicó una operación, pero con resultados fatales, pues murió a consecuencia de una peritonitis.

En una prisión un recluso utilizaba para masturbarse por vía rectal una plancha especial de las que se emplean en los planchados de brillo, que constaba de una bola de hierro unida a un vástago del mismo metal, de unos veinte centímetros de largo. Para masturbarse calentaba al fuego la bola, y parece ser que las sensaciones voluptuosas eran mayores cuanto mayor fuese la temperatura del artefacto. Se descubrió el hecho cuando solicitó asistencia facultativa, descubriendo el cirujano graves quemaduras internas que fueron producidas por el instrumento calentado poco menos que al rojo.

Este individuo falleció poco tiempo después por habérsele declarado una peritonitis traumática.

Un médico militar refiere el caso de un soldado alemán, el cual utilizaba el cañón de su fusil para masturbarse por vía anal. Después de haber hecho algunos disparos, los suficientes para que se calentase el cañón del arma, se agazapaba en la trinchera y se masturbaba por este procedimiento. El hecho servía de motivo de broma a sus compañeros "en los momentos en que las circunstancias no eran las más favorables para estas manifestaciones alegres".

Los campesinos utilizan los nabos, zanahorias, tronchos de berza, etc., y hasta panochas de maíz, como me refiere un médico que ocurre entre los indígenas de Marruecos.

Estos masturbadores no son homosexuales sino muy rara vez. Se trata, por lo general, de débiles o tímidos o de individuos faltos de medios naturales de satisfacción. El homosexual encuentra siempre el medio normal de calmar sus excitaciones. Por lo común, estas prácticas son simultáneas con la frotación del pene. Conozco el caso de un hombre de treinta años a quien le fué amputado el miembro viril a consecuencia de una enfermedad venérea, el cual se procuraba satisfacciones voluptuosas flagelándose el esfinge anal con un ramo de ortigas.

El empleo de esta planta para tales usos es frecuente en Africa. El profesor de la Universidad de Jena, doctor Friedman, explorador del Africa ecuatorial, refiere el siguiente caso:

"Estaba—dice—recorriendo el país, y tuve que dirigirme hacia un pequeño bosque de árboles gigantes, bajo los cuales había un centenar de negros de ambos sexos.

"Sabía que se encontraría cerca de allí un colono que se llamaba López. A las siete de la tarde llegué a su casa. Yo vi en el interior una jovencita de diez años, pero tan desarrollada como una europea de veinte, con los senos rígidos, gruesos y puntiagudos; la negrita llevaba taparrabos. Al verme no se inquietó; por el contrario, palpóse el ombligo, lo que significa en el país que la negra se somete por completo al extranjero.

"Pregunté a la joven por el colono, y me dijo por señas que se hallaba lejos, entre unas plantas que me indicó con un gesto. Comprendí al momento que aquellas plantas debían ser ortigas mucho más altas que las que crecen en Europa.

"No hacía viento, y sin embargo, notaba cierta agitación en las plantas, y me sentí intrigado. Quise ir con precaución para no ser

visto al lugar donde suponía que estaba el colono, y al acercarme se ofreció a mi vista un espectáculo pintoresco. López se hallaba de pie y desnudo, rodeado de un círculo de ortigas. Tenía una gran musculatura y estaba acostumbrado a vivir casi como los salvajes; su piel parecía de bronce, y llevaba una barba tupida que crecía en todas direcciones; su vientre empezaba a arquearse, y el colono me hacía el efecto de un sátiro forzudo y vigoroso. Tenía un libro en la mano derecha, y pasaba la izquierda con violencia sobre las ortigas. Con seguridad, el extraño ejercicio había comenzado bastante antes, porque tenía la mano izquierda muy hinchada. Me oculté cuidadosamente para observar en qué paraba aquello, y supuse que el colono quería castigarse por haber cometido algún pecado carnal con la negra.

"El colono daba vueltas alrededor de las ortigas y de sí mismo. Pensé entonces en que las ortigas pueden servir como excitantes. Los pinchos penetran en el cuerpo y se rompen, desprendiéndose de ellas cierto líquido irritante. Recordé que muchos impotentes a quienes asusta el látigo, se ponen en contacto con las ortigas para excitarse con la sangre y la herida. López se agitaba por momentos; vi que de repente se le enrojecía el rostro y que arrancaba un puñado de punzantes ortigas y se restregaba furiosamente el cuerpo con ellas. Cuando no pudo resistir ya, cayó al suelo.

"Acudí a su lado y le reanimé con unos sorbos de aguardiente que llevaba siempre a prevención. Luego le acompañé a su vivienda, y acabó por confesarme que sentía una violenta pasión carnal por las jovencitas negras. Se castigaba en la forma que había yo visto; pero según propia declaración, trataba también de dar satisfacción a su concupiscencia."

Este caso, como vemos, no se refiere concretamente a la masturbación, sino que más bien es de autoflagelantismo. No obstante, las ortigas han sido empleadas siempre como un eficaz artificio del placer solitario.

LOS ARTIFICIOS DE LAS VIRGENES

La imaginación femenina.—Los símbolos fálicos.—División de los artificios.—Procedimientos «inocentes».—El columpio.—La máquina de coser.—El corsé y la faja.—Masaje eléctrico.—La gota de agua.—Los plátanos en la mitología y en la realidad.—Del «olibo» romano al consolador moderno.—Cómo es el «godemiché».—Masturbación hidráulica.—Objetos de masturbación femenina.—Las horquillas en la vejiga.—Una confesión.

No son sólo los prejuicios y las restricciones de la moral lo que determina la actitud de la mujer frente al problema de la sexualidad; es también su timidez natural, su pasividad y su pudor lo que les veda de dar rienda libre a sus impulsos, aparte del temor natural a las consecuencias biológicas, no ya de índole moral, sino en el aspecto social y económico esencialmente.

No cabe duda que las mujeres de todos los pueblos, salvajes o civilizados, practican la masturbación, y hasta puede asegurarse que en mayor escala que el hombre. Pero no son sólo estos placeres autoeróticos, simultaneados con multitud de artificios, recursos empleados solamente por las vírgenes; también las mujeres que conocen los deleites normales recurren a infinitos procedimientos para satisfacerse solitariamente y aun con el fin de aumentar las sensaciones experimentadas en virtud de la práctica del amor natural, como veremos más adelante.

Si la imaginación de la mujer no fuese infinitamente más aguda que la del hombre y mucho más rica en sugerencias, especialmente en lo que afecta al terreno de la sexualidad, dejaría de ser mujer para convertirse en un ser masculinizado sin mayores encantos.

Esta viveza de ingenio no es más que el resultado de las restricciones de todo género impuestas por la cultura a su sexo, y si tenemos en cuenta que siempre es cierto el adagio que dice que

«Más discurre un hambriento que cien letrados», la mujer que a cierta edad de su vida no ha tenido ocasión de practicar el amor en todos sus aspectos naturales, no cabe duda que sabrá ingeniárselas para satisfacerse «sin responsabilidad» mucho mejor que un centenar de mujeres perfectamente iniciadas.

La disposición especial de los órganos de la voluptuosidad femenina y la compacta reunión de hacecillos nerviosos en esas zonas erógenas, de las que, como sabemos, la principal es el clítoris, permite a la mujer satisfacerse con más comodidad que el hombre y de una manera infinitamente menos perniciosa para su salud moral y física.

Esa misma fantasía de la mujer, agudizada por un erotismo constante, menos intenso quizá, pero también más difuso que en el hombre, la permite idear y poner en práctica sistemas de satisfacción cuya enumeración completa sería imposible.

Uno de los principales frenos que a las vírgenes imponen las circunstancias, es el valor puramente comercial de su virginidad anatómica, que tanto representa en las transacciones matrimoniales. Por eso, en los pueblos donde la virginidad anatómica—como ocurre entre nosotros—representa el máximo caudal representativo de pureza moral y física que una mujer «tiene» que entregar al marido en el primer contacto nupcial, la virgen que recurre a la satisfacción de sus impulsos por procedimientos artificiales, tiene que darse cuenta perfecta del grave peligro que corre de perder ese velo si ejecuta manejos imprudentes.

Al principio de la vida erótica, la masturbación es siempre dígitoclitoridiana; la virgen teme, y no sin fundamento, por la pérdida de esa membrana, que, por otra parte, no sabe si posee o no; no obstante, su temor en los manejos iniciales la veda en absoluto practicar maniobras que afecten a los órganos internos. Pero después, por ese afán constante de variación, muchas razones psíquicas la inducen a ampliar la esfera de sus actividades autoeróticas o masturbatorias, en la creencia, mejor dicho, en la convicción absoluta de que el remedo más completo del placer normal consiste en la penetración de sus órganos internos por medio de un objeto que reúna la mayor cantidad posible de características inherentes al miembro viril.

Una mujer puede masturbarse con mucha mayor frecuencia que el hombre. Su desgaste es menor, y, por otra parte, jamás se plantea el verdadero problema moral que tanta importancia tiene para

que el hombre. Su desgaste es menor, y, por otra parte, jamás se la masturbación, es decir, que todo placer erótico obtenido fuera de los procedimientos naturales «no es de hombres». Ellas, por el contrario, estiman, y no sin fundamento, que esos deleites normales «no son de mujeres honradas». Así, pues, como quiera que no les quedan más recursos «dignos» que los que por sí mismas pueden utilizar sin peligros, resulta que jamás piensan que tras de aquellas maniobras puedan venir los remordimientos de conciencia o las reacciones del orgullo que absolutamente siempre asaltan al hombre. En ellos es la virilidad, y en ellas «la honra»; es decir, los dos puntos cardinales de la vida social contemporánea que pretende armonizar la moderna cultura con las viejas tradiciones.

Los artificios del placer empleados por las jóvenes doncellas rara vez llegan a conocimiento del clínico. No obstante, algunas veces se presentan accidentes que las interesadas no se explican y que el médico no tiene interés en investigar demasiado, haciendo como que se deja engañar por la consultante.

Estos artificios pueden dividirse en dos grandes grupos, clitoridianos y vaginales, aunque muchos mecanismos participan de las dos modalidades. Sin embargo, las mujeres vírgenes que tienen esperanzas matrimoniales, prefieren los métodos del primer grupo por las razones que más arriba dejamos expuestas, si bien es muy frecuente el empleo de objetos diversos de reducido diámetro que se utilizan en la masturbación vaginal y uterina y que no ponen en mayor peligro la integridad anatómica del honor.

El procedimiento más simple es el que consiste en procurarse el roce del clítoris contra los muslos, contra el ángulo de un asiento, por medio de un ejercicio rápido y uniforme de las piernas, tales como el montar en bicicleta y coser a máquina, el columpiarse, el apretarse el corsé o la faja y hasta el oprimirse fuertemente los muslos por medio de las ligas.

Para muchas personas resulturán absurdos tales procedimientos, no comprendiéndose cómo es posible hallar excitaciones y satisfacciones eróticas en unos mecanismos tan naturales. Para explicárselo, en primer lugar, no debe olvidarse el importantísimo papel que desempeña la psique en el proceso de todo el erotismo femenino, mucho más significativa que en el hombre. Al mismo tiempo, la acción de tales mecanismos es bastante eficaz para pro-

ducir estos fenómenos autoeróticos independientemente de las actividades psíquicas.

Me han referido el caso de una niña de siete años, de aspecto inocente y enfermizo, que se masturbaba, sin que nadie pudiera evitarlo, en el colegio, en su casa o cuando estaba con las amigas, sentándose en el suelo de forma que el tacón del zapato estuviese en contacto con la vulva. En esta posición, no tenía más que imprimir al cuerpo un ligero vaivén para que el mecanismo se efectuase.

Tal vez uno de los medios más antiguos y en apariencia menos sospechoso, es el del columpio. Un autor dice que en ciertos templos de la India hay columpios por parejas, «en los cuales se balancean hombres y mujeres hasta que se excitan sexualmente». Durante las épocas del año en que los hombres han de ausentarse de sus casas, «las jóvenes se consuelan con los columpios de la pérdida de los hombres».

Havelock Ellis dice que es interesante observar el gran predominio del columpio, a veces con carácter religioso o mágico, y el significado evidentemente sexual que tiene, aun cuando no se exponga con claridad. En algunos pueblos salvajes, el deporte del columpio va seguido de ciertas intimidades entre los jóvenes de ambos sexos, como observó Groos en los indígenas de las islas Gilbert. Freud se refiere también al placer sexual de columpiarse e incluso al que se experimenta columpiando a otra persona cuando se hace vigorosamente.

En la antigua Grecia, las mujeres y las jóvenes mostraban gran afición al columpio, hasta el extremo de celebrarse fiestas que no tenían otro objeto que la práctica de dicho ejercicio, durante el cual se cantaban canciones voluptuosas. Frazer, en su libro «El columpio como rito mágico», dice: «La noción parece ser que la ceremonia promueve la fertilidad, lo mismo en los vegetales que en el reino animal, aun cuando me veo en la imposibilidad de explicar el porqué.» No obstante, el hecho puede explicarse nos atenemos a la forma de columpiarse, ya que, en realidad, no es sólo el vaivén producido por el columpio de todo el cuerpo, sino que un simple balanceo produce los mismos efectos, aunque sea nada más que del tronco o de los muslos, lo mismo que se observa en el ciclismo y en el movimiento de los muslos cosiendo a máquina.

Kiernan describe así el procedimiento empleado por una joven

americana: «La paciente se arrodillaba delante de una mecedora, ponía los codos en el asiento, cogida a los brazos de la mecedora, y empezaba a columpiarse, manteniendo fija la pelvis y moviendo sólo el tronco y los muslos. Los músculos se ponían rígidos, adquiría el rostro expresión apasionada, los rasgos se convulsionaban, movíanse los ojos, apretábanse los dientes, oprimíanse los labios y las mejillas se enrojecían. El estado tenía gran parecido con el período pasional de la gran histeria. La excitación comenzaba en seguida, pero duraba largo tiempo. El balanceo producía una sensación de placer, acompañada de otra parecida a la succión del clítoris. Casi inmediatamente después ocurría una sensación de explosión causada por una emisión de las glándulas vulvovaginales, seguida de un placer que se prolongaba por un tiempo indefinido.»

En este caso, no cabe duda que la excitación se producía en virtud del roce del clítoris con las partes carnosas adyacentes, mecanismo simple y común a todos los procedimientos semejantes, como la equitación, el ciclismo y hasta el hecho de viajar en tren, lo que produce cierta excitación sexual.

Un escritor dice que, según una autoridad francesa, es un hecho reconocido el de que el trabajo con una máquina de coser, colocado el cuerpo en cierta posición, produce excitación sexual conducente al orgasmo. «La presentación del orgasmo, añade, queda indicada al observador por el funcionamiento muy rápido de la máquina durante unos segundos. Este ruido se suele escuchar en los grandes talleres franceses, y una de las obligaciones de las encargadas de ellos es hacer que las jóvenes se sienten como es debido.»

Pouillet, en su obra dedicada a la masturbación femenina, dice que durante la visita que hizo a una fábrica de ropas militares, presenció la siguiente escena: «En medio del ruido uniforme que producían unas treinta máquinas de coser, escuché de pronto que una de ellas funcionaba con mayor velocidad que las otras. Miré a la persona que trabajaba en ella, una morena de dieciocho a veinte años. En tanto se ocupaba automáticamente con los pantalones que estaba haciendo a máquina, las ventanillas de su nariz se dilataron y sus pies movían los pedales con rapidez cada vez mayor. Pronto reparé en una mirada convulsiva de sus ojos, bajó los párpados, palideció su rostro y se echó hacia atrás; las manos y los pies se detuvieron y estiraron; un grito sofocado, se-

guido por un largo suspiro, se perdió en el ruido del taller. La joven permaneció inmóvil unos segundos, se enjugó con el pañuelo el sudor de la frente, y después de mirar con timidez y vergüenza a sus compañeras, reanudó el trabajo. La encargada que me servía de guía, habiendo observado la dirección de mi mirada, me condujo hacia la joven, la cual se ruborizó, bajó la cara y murmuró palabras incoherentes antes de que la encargada hubiera abierto la boca para decirle que se sentara bien y no en el borde de la silla.

Al salir escuché que otra máquina, en lugar distinto, funcionaba aceleradamente. La encargada se sonrió, y me dijo que era tan frecuente, que nadie lo notaba. Se observa especialmente, me dijo, en las muchachas, en las aprendizas y en las que se sentaban en el borde de sus sillas, facilitando de este modo el roce de los labios.»

En una academia de costura a máquina una joven sufrió un accidente mientras trabajaba. Confesó a una compañera que lo achacaba a haberse masturbado, por lo que la amiga la aconsejó que no lo hiciera hallándose en plena digestión, ya que ella misma había sufrido un desvanecimiento en circunstancias análogas. Se comprobó que todas las jóvenes que asistían a la academia conocían y practicaban el procedimiento, y que para algunas constituía la única utilidad y atracción de la costura a máquina. Esto ocurre en la mayor parte de las muchachas jóvenes, resultando imposible impedirlo pese a la vigilancia.

Los médicos que condenaban el uso del antiguo corsé, eran de opinión de que muchas mujeres no empleaban esta prenda sólo con el fin de seguir la moda o por razones de estética, ya que se demostró perfectamente que el hábito de apretársela produce excitación sexual y satisfacción completa en muchos casos, si se trata de individuos de temperamento neuropático. Kiernan observa, sin embargo, que «mujeres sanas (sexualmente hablando), que nunca han usado corsé, encuentran que la primera vez que se lo ponen sienten deseos sexuales tan intensos, que con frecuencia necesitan abandonarle». Se cita también el caso de un hombre homosexual que empleaba corsé como las mujeres, el cual se excitaba sexualmente cuando se lo apretaba demasiado, ocurriendo lo mismo cuando se oprimía el abdomen con otras prendas.

La explicación de este fenómeno está en que el corsé, la faja o una prenda análoga favorecen la congestión de la pelvis, a la

vez que ejerce sobre los músculos abdominales una presión que los pone en el estado producido durante el coito. Algunas mujeres que han experimentado estas sensaciones manifiestan que el corsé apretado no permite una distensión uniforme de la vejiga, cuyo órgano, en estado de replección, produce ciertas excitaciones voluptuosas.

No sólo la opresión del abdomen y de los riñones produce tales efectos: una joven empleada en un respetable gabinete de masaje, al que acudían muchas mujeres honestas con el fin de «conservar la línea», me dijo que la fricción sobre el vientre, con el fin de reducir los tejidos adiposos, produce con mucha frecuencia excitación e incluso satisfacción sexual completa. Ciertos aparatos eléctricos de fricción son empleados por muchas mujeres que no encuentran otros medios menos arriesgados.

La electricidad es empleada por la mujer, tal vez más frecuentemente que por el hombre, para el logro de tales finalidades eróticas. Una joven de buena salud oyó decir a una amiga casada que la curación de una dolencia por medio de la diatermia la había procurado sensaciones que no encontró en el comercio natural con su marido. Dicha joven era muy aficionada a la radiotelefonía, y, por lo tanto, estaba en posesión de amplias nociones de electricidad. Confeccionó un falo, por el que hizo pasar una débil corriente, sirviéndose de este instrumento durante mucho tiempo. Contrajo matrimonio al cabo de dos años, pero el comercio sexual con su marido la dejaba completamente fría. El esposo descubrió un día el secreto de su frigidez, por lo que presentó demanda de divorcio, que le fué concedido.

El doctor Malherman refiere el siguiente caso de una señora que ya no podía sentir satisfacción sexual en la vida íntima con su marido, la cual cuenta así sus impresiones: «Acudí a consultar a un médico, famoso especialista en el tratamiento por medio de la electricidad. Me hizo entrar en una habitación con las paredes de cristal, y me senté en un sillón de porcelana. A mi derecha había una especie de plumero, formado por trozos de latón dorado; a mi izquierda, una arquilla sencilla y elegante. Me desnudé por indicación del doctor. A pesar de mis treinta años, estaba bien formada; tenía los senos apretados y bien configurados, las caderas y rodillas, repletas. Me tendí sobre una alfombra, y el doctor empezó a «auscultar mi sistema nervioso», como decía él. Sacó de la arquilla una forma de hombre (un falo artificial), de color

oscuro, que tenía una especie de lengüeta muy fina, de un centímetro de longitud y en ángulo. El doctor presionó un botón, mientras me besaba en las puntas de los senos, demostrando señalada complacencia, por lo que supongo que el ardor que demostraba no era precisamente profesional. Inmediatamente después de presionar el botón, el doctor sonrió finamente. Todo mi cuerpo se sintió agitado. La lengüeta artificial accionaba en todos sentidos, alargándose, chocando con mi carne; me picaba, me hacía temblar y me levantaba en vilo, despertando con sus movimientos vibrantes sensaciones insospechadas. La alfombra empezó a moverse inesperadamente, y el doctor me dijo que por los filamentos de cobre pasaba una corriente eléctrica. Sentí que los senos se agitaban al ritmo de un deseo delirante. El médico favorecía aquella excitación sirviéndose del plumero de cobre, que deslizaba sobre la nuca, sobre los cabellos, bajo los brazos, sobre el vientre. El plumero vibraba mágicamente, y el especialista creyó llegado el «momento psicológico». Me puse a gritar con fuerza, pidiendo más violentos efectos, y el doctor puso la corriente, sin que dejara yo de insistir en mi deseo. En pleno delirio, asociaba el doctor a mi voluptuosidad y me creía poseída por él. Después lancé un gran grito y quedé inmóvil, como si me hubiera herido una prodigiosa chispa eléctrica. Al despertar me dijo el doctor que el resultado había sido completo. Me había entregado con alma y cuerpo, pero una chispa caprichosa me había quemado el vellón sexual, aunque su color se convirtió en rubio.»

Como esta señora de que habla el referido profesor, hay muchas jóvenes *modernas* que, temerosas de perder su virginidad, acuden a las clínicas de electroterapia reclamando la intervención del médico para la curación de enfermedades imaginarias, y, sobre todo, para lograr los efectos de la exploración eléctrica. En un gabinete de masaje que fué clausurado por la Policía, se prestaba este género de asistencia «facultativa» a muchas jóvenes de apariencia honesta, a cuyas manos habían llegado unas tarjetitas anunciando el establecimiento, en el que a la vez se practicaban operaciones quirúrgicas para restituir la virginidad (!) a las mujeres que la necesitasen. Una señorita conocida mía me entregó no hace mucho una tarjeta en la que se anunciaba una clínica de esta naturaleza: la tarjeta se la entregó un hombre con mucha reserva a la puerta de una iglesia situada en una céntrica calle de Madrid.

Un procedimiento de masturbación artificial que no pone en peligro la integridad del himen, fué descubierto en un colegio de internas de una ciudad inglesa. Las jóvenes se servían de una especie de embudo de pitorro muy delgado, el cual aplicaban a la ducha. Se tendían de espaldas y hacían que el chorrito de agua se proyectase sobre el clítoris a una altura de dos metros. Por este sistema se producía la excitación y el orgasmo. Un escritor refiere que en la colonia francesa de Guadalupe, las jóvenes mestizas que temen al embarazo no emplean método mas refinado de satisfacción erótica que los efectos de una gota de agua cayendo constantemente, durante dos o tres minutos, de la cánula del irrigador que emplean para sus lavados íntimos. Esta curiosidad erótico-etnográfica es conocida por las guadalupeñas hace más de cien años, a juzgar por lo que dice el doctor Caprón, que vivió bastante tiempo en la colonia. (Lámina I.)

Ellis, refiriéndose a estas manifestaciones del autoerotismo, dice: "El uso, o mejor dicho, el abuso de los utensilios y objetos ordinarios de la vida diaria para obtener satisfacción autoerótica en personas comunes y corrientes de los países civilizados alcanza extraordinaria extensión y variedad, que sólo podemos apreciar escasamente por los percances que a veces ocasiona, y que llegan a conocimiento del cirujano por ser peligrosos no más que una parte de aquellos utensilios. Así, los plátanos se usan mucho por las mujeres para masturbarse, y parecen estar destinados a ello por su volumen y su forma; son, sin embargo, inofensivos, y, por lo tanto, jamás llegan a conocimiento del médico. Lo mismo puede decirse de los pepinos y de otros vegetales, usados más especialmente por las muchachas del campo y de las fábricas para masturbarse. Una señora que vivía cerca de Vichy dijo a Pouillet que había oído hablar con frecuencia (y ella misma había podido comprobar el hecho) de que las campesinas jóvenes usaban habitualmente nabos, zanahorias y remolachas.»

La parte de la afirmación de Ellis en la que dice que los plátanos «parecen estar destinados a ello por su volumen y su forma», no está inspirada en una apreciación meramente particular, ni puede, tampoco, considerarse inexacta. En la mitología de las islas Hawai se citan casos de diosas y de mujeres vírgenes que quedaron embarazadas por bananas colocadas bajo sus vestidos. Esto ocurría, como decimos, en los tiempos mitológicos; pero en la actualidad, a pesar de la influencia occidental y del mayor gra-

do de civilización de dichos indígenas, las mujeres se abstienen de comer e incluso de aproximarse a los plátanos, por temor a quedar embarazadas «sin experimentar los deleites del amor». Esta creencia demuestra que el símbolo de la fruta no es solamente erótico, pero sí sexual.

Stern, en su libro acerca de la Medicina en Turquía, dice que las mujeres de este país y de Egipto usan los plátanos, así como los pepinos, etc., para la masturbación. En las «Mil y una noches» (historia del joven Nour con el Franco), se dice: «¡Oh, plátanos de suave piel, que dilatáis los ojos de las muchachas!... Vosotros sois, de todas las frutas, las que poseéis un corazón piadoso, ¡oh, consoladores de viudas y divorciadas!»

Entre los indígenas del Brasil existen varias canciones voluptuosas acerca de las propiedades especiales de dicha fruta para calmar las inquietudes amorosas de las jóvenes. También se alude a cierta clase de hombres «que comen los plátanos por donde los guerreros los eliminan».

En todas las regiones donde se producen estos frutos, el plátano goza de una fama que no se atribuye a otra fruta cualquiera.

Modernamente, en los países civilizados, el plátano deja de ser, como en Hawai, un símbolo sexual, para convertirse en un instrumento del autoerotismo femenino. En Inglaterra y Francia, según Ellis, su empleo está muy divulgado. Un autor francés dice que en un colegio de doncellas se suprimió el plátano en los postres, porque las muchachas hacían determinadas alusiones que revelaban claramente el empleo que en la intimidad de los dormitorios se daban a las frutas.

Entre las mujeres galantes de París el plátano es un símbolo de diversa significación. Una señora me decía que las mujeres honestas se guardan mucho de comerse un plátano en un restaurante sin haberlo despedazado previamente con el cuchillo de postre, porque el hecho de comerlo a mordiscos significa la afición a una práctica erótica perversa, que, por otra parte, no tiene nada extraña en Francia.

En la literatura y en el arte se han hecho siempre alusiones a este artificio del placer femenino, hasta el extremo de que un juez persiguió al autor de un cuadro en el que figuraba una mujer desnuda en un bosque de plátanos. En efecto, la intención del pintor estaba de acuerdo con la conducta del celoso funcionario judicial. Como dato curioso, reproducimos una fotografía del artista vie-



AMANTES ARTIFICIALES

Ciertas casas de «gomasa» de París fabrican maniquíes especialmente acondicionados para satisfacer las necesidades sexuales de las mujeres honestas y los hombres solitarios.

LAMINA III



AMANTES ARTIFICIALES

Bajo la apariencia de inocentes muñecos, muy apreciados por las jóvenes modernas, se ocultan aparatos masturbadores de diversa índole, como el que reproduce la fotografía.

LAMINA IV

nés Manasse, clara demostración de nuestras afirmaciones acerca del significado de la nutritiva fruta. (Lámina II.)

En el siglo XVII, y más tarde también, según afirman muchos observadores, las mujeres honestas que no estaban en condiciones de contraer matrimonio se satisfacían sexualmente con toda clase de instrumentos que pudieran recordar la forma del miembro masculino. En dicha época, Mirabeau citaba en su «Erotika Biblion» los numerosos procedimientos de que se valían las mujeres, y que a pesar del tiempo transcurrido, pródigo en mayores libertades sexuales, se siguen practicando. Se refiere principalmente a los objetos usados en los conventos, de los que dice «eran vastos teatros» de esta clase de prácticas autoeróticas.

El empleo de las imitaciones del pene es bastante anterior a las referencias de Mirabeau, y su uso no se concreta a los pueblos civilizados, sino que se conoce también entre los salvajes desde muy remotas épocas. Un viajero español que marchó a la conquista de las Indias, dice que cuando llegaron a las islas Filipinas se encontraron con que la masturbación era un uso extendidísimo entre aquellos indígenas, especialmente en las mujeres, «que tenían la costumbre de usar un pene artificial y otros procedimientos anormales para calmar los ardores de su naturaleza tan cálida».

Un autor escribe lo siguiente: «Entre los no europeos, son las mujeres, y especialmente las que hacen una vida consagrada al placer, en alguna de sus formas, con carácter profesional, las que usan los instrumentos artificiales de autoerotismo.» En la Colombia Británica se refiere el mito de una vieja que cohabitaba con muchachas jóvenes valiéndose de un cuerno, que usaba a modo de miembro viril.

Pero no es justo achacar el empleo de tales artificios a las razas humanas inferiores, cuando sin salir de Europa nos encontramos con que en Grecia y Roma existían penes artificiales para el uso de las mujeres. La misma Biblia contiene una referencia acerca de cuando «Jerusalem, esposa de Dios, se torna adúltera», por lo que Ezequiel dice en el cap. XVI, vers. 17: «Tomaste asimismo los vasos de tu hermosura de mi oro y de mi plata, que yo te había dado, e hiciste imágenes de hombre, y fornicaste con ellas.» (Se refiere a los tarros y frascos de perfumes de las mujeres.) Por otra parte, los penes artificiales aparecen con frecuencia en los motivos ornamentales de los antiquísimos babilonios.

En la isla de Lesbos, según la poetisa Safo y otros autores de

la época, las mujeres utilizaban unos instrumentos hechos de oro y marfil con adornos de seda y lino, con los cuales se procuraban satisfacciones voluptuosas sin la ayuda del hombre ni de otra mujer de sus mismas aficiones. Aristófanes habla de la fabricación de «olibos» por las mujeres de Mileto, y que no eran más que penes artificiales hechos de cuero, madera y otras materias semejantes.

Ellis dice que en el Museo Británico de Londres hay un vaso que representa a una hetaira llevando estos instrumentos, que tal y como se encontraron en las ruinas de Pompeya, pueden verse en Nápoles. El mismo autor hace la historia del uso de estos artificios, que pasamos a reproducir:

«Uno de los mejores mimos de Herondas, «La conversación privada», ofrece un diálogo entre dos señoras acerca de cierto «olibos», que una de ellas alaba como si fuera un sueño de delicias. En toda la Edad Media—en que el clero solía reprobar el uso de estos instrumentos (1)—seguían siendo conocidos, y pasado el siglo XV, las referencias se hacen más precisas. Así, Fortini, novelista sienés del siglo XVI, se refiere «al objeto de cristal lleno de agua caliente que usan las monjas para calmar los impulsos de la carne y satisfacerlos lo mejor que pueden»; añade que las viudas y las mujeres que desean evitar la preñez lo utilizan también. En la época de Isabel de Inglaterra parece haber tenido el mismo carácter, y Marston, en sus «Sátiras», cuenta cómo prefería Lucrecia «un instrumento de vidrio a la cama caliente de su esposo».

En Francia, en el siglo XVI, también solían hacerse estos instrumentos de vidrio, y Brantome habla del *godemiché*; en el siglo XVIII se llamaban en Alemania *samthanse*, y su uso, al decir de Heinse, era común entre las damas aristocráticas.»

La descripción que Mirabeau hace de este aparato, es como sigue: «El instrumento se asemeja en todo a un miembro viril de tamaño natural, y en lo único que se diferenciaba era en que estaba cubierto desde la punta hasta la raíz de una espiral muy unida, para facilitar un rozamiento mucho mayor. Aunque todo él construído con plata, estaba revestido de un barniz muy liso y consis-

(1) En el *Penitencial* de Burchard se asignan penalidades a las mujeres que hacen un falo para usarlo ellas mismas u otras mujeres. El «penis sucedáneus», el *phallus* o *fascinun* latino, se llama en Francia *godemiché*; en Italia, *passatempo*, y también *diletto*, de donde se deriva la palabra *dildo* con que se conoce generalmente en Inglaterra, y en España, «consolador».

tente del color de la carne. Por lo demás, era muy ligero; su espesor, escaso, y, naturalmente, hueco para que no pesara. Por el centro del espacio hueco iba un tubito redondo del mismo metal, que se atornillaba a una tuerca situada cerca de la cabeza; el grueso del tubito era el doble del del cañón de una pluma de ganso y llevaba el pistón de un émbolo. Por lo tanto, había un espacio hueco entre las paredes que formaban el exterior del miembro y el émbolo. Un taponcito de corcho, perfectamente ajustado, cerraba el miembro, y tenía en el centro una abertura que dejaba paso al tubito hueco, y un muelle en espiral permitía la subida y bajada del pistón del émbolo. Se llenaba el *godemiché* (goza conmigo) de agua, que debía estar lo suficientemente calentada para que pudiera llevarse a los labios sin quemarlos; después se cerraba la abertura con el corcho, que llevaba una anilla, a fin de poder tirar de él, y se llenaba la bombita con una tenue solución de cola de pescado teñida de blanco. El calor del agua se transmite al instante a la cola de pescado, que así se asemeja todo lo posible al semen humano.»

Durante el siglo XVIII, una mujer llamada madame Gourdan, la dueña del burdel más célebre de la época, se dedicaba a la fabricación de estos aparatos, y según Dühren, «a su muerte se encontraron entre sus papeles innumerables cartas de abadesas y monjas en que le pedían un *consolateur*».

En la actualidad, ciertos comercios de «artículos de goma de París» se dedican a la venta de tales instrumentos. Estos aparatos son de cauchú vulcanizado, barnizados con colores naturales y provistos de un mecanismo que en un momento dado expulsa un líquido caliente, dando así la sensación más aproximada a la realidad. El instrumento francés moderno difiere del modelo antiguo en que la representación imita también los testículos, que son el reservorio del líquido, y la vegetación pilosa.

Un etnólogo dice que en los países islamitas el pene artificial se ha difundido casi tanto como en la cristiandad. Las mujeres turcas lo usan, diciéndose que se vende públicamente en Esmirna. Según Baumann, en Zanzíbar se utilizan unos consoladores «de gran tamaño, hechos de marfil o de ébano, y perforados, por lo general, de modo que pueda inyectarse agua». Estos indígenas aseguran que se trata de una invención árabe introducida en Zanzíbar por los mercaderes.

En China se conocen de muy antiguo estos artefactos, y en

algunos bazares de las ciudades de la costa pueden adquirirse públicamente, ya que se exhiben en los escaparates. Suelen ser de fabricación japonesa, y los hay de cauchú, de madera y de celuloide. Las japonesas conocen un artefacto denominado *enghí*, o sea una imitación del falo a base de papel comprimido, cauchú o barro muy fino. Lo emplean mucho las prostitutas, aunque disponen de otros procedimientos más refinados, como veremos en otro capítulo.

Conozco un instrumento muy tosco, pero no menos ingenioso, debido sin duda alguna a la inventiva de las chinas. Se trata de un caso del que me ocupo en otro libro mío, y que voy a referir íntegramente.

Durante las largas estadas que hacíamos en Calcuta, acostumbraba a pasar el día y gran parte de la noche en la residencia de verano de mi buen amigo el capitán Witkins, situada a unos quince kilómetros de la ciudad en las inmediaciones de la costa.

Entre la servidumbre indígena del militar británico, jefe de un escuadrón de cipayos, me llamó la atención una muchacha tamil de unos veinticinco años de edad, alta, robusta y no mal formada, pese a su continente ligeramente varonil. Era activa en el trabajo, y sus buenas cualidades morales constituían el motivo del sincero cariño que le profesaba la señora Witkins, quien no cesaba de elogiar las excelentes condiciones de la fiel Bathuga, cuyo era el nombre de la muchacha.

La indígena disfrutaba de una confianza ilimitada en la mansión de mis amigos, y era algo así como el ama de llaves y la encargada del resto de la servidumbre, compuesta por dos asistentes, soldados del escuadrón, y una vieja lavandera china, que por cierto me inspiró siempre una antipatía inexplicable.

Cierto día que tomábamos el café en la plataforma del *bungalow*, vimos llegar a Bathuga completamente desnuda y tratando de ocultarse a nuestra mirada, mejor dicho, a la mía, puesto que tanto Witkins como su esposa y el resto de los habitantes de la casa, ya estaban habituados a ver a la muchacha de tal guisa, sobre todo a la hora de sus baños, generalmente a media tarde.

El capitán quiso tranquilizarla, diciéndole que yo era como de la familia, a lo que ella replicó que jamás hubiera osado presentarse así, pero sucedió que mientras se bañaba, el mar le había arrebatado las ropas.

—Es hermosa, capitán—dije a mi amigo.

—Y salvaje. Un día, si no llego a intervenir a tiempo, mata a uno de mis asistentes, y todo porque se permitió decirle que estaba enamorado de ella, advirtiéndole que el muchacho es de lo mejorcito que yo he tenido a mis órdenes: trabajador, educado, y hasta dueño de unas huertas situadas muy cerca del río, que le producían muy saneadas rentas. Yo ya había advertido la inclinación del soldado por la indígena, a la que siempre hacía objeto de obsequios y otras delicadas atenciones. A mi esposa le agradó aquello, pues de haberse casado es seguro que hubiera podido contar con los dos servidores más fieles. Un día—prosiguió—mi mujer la reprendió cariñosamente por lo que había hecho con el enamorado galán, diciéndola que desperdiciaba la mejor ocasión de matrimoniar que acaso se le presentase en su vida. Hasta tal extremo llegó mi esposa en sus recomendaciones, que le habló de las delicias del matrimonio, del placer de los hijos, de las caricias de un marido amante... ¿Y sabe usted cuál fué la contestación de Bathuga? Pues sencillamente, que su deleite mayor consistía en servir a sus amos, y, sobre todo, en bañarse en la pequeña ensenada donde hemos establecido la playa familiar. Y no hubo medio de hacerla cambiar de opinión.

—Es extraño—repliqué—, porque a su edad y en este clima tal vez experimente ciertas inquietudes muy naturales.

—No lo sé. Pero lo que sí puedo asegurarle de una manera cierta es que en los seis años que la muchacha lleva a nuestro servicio no ha desdeñado ocasión de mostrar su repugnancia o al menos una franca antipatía por los hombres de su raza, y creo que por los de todas.

—¿Se tratará de una invertida?—insinué.

—Menos aún. No pensará usted que la vieja china...—replicó mi amigo.

Después de todo, aunque el caso no dejaba de ser curioso, me tenía sin cuidado la vida sexual de Bathuga, y cambiamos de conversación.

Tres días más tarde volví a casa de mis amigos después del almuerzo, y cuando aún no habíamos acabado de saludarnos, se presentó la vieja lavandera china con los ojos desorbitados por el terror, diciendo que desde lo alto de las rocas había visto el cuerpo inanimado de la indígena en una hondonada del pequeño arrecife.

Con toda celeridad nos trasladamos al lugar que indicaba la

anciana, y, en efecto, vimos con horror que la infeliz muchacha estaba muerta, a juzgar por el tinte violáceo de ciertas zonas de su piel casi blanca.

El sitio donde se encontraba era inaccesible, a no ser que nos hubiéramos descolgado por una escala, y sirviéndonos de un pequeño bote fuimos hasta el entrante que limitaban dos rocas verticales de unos seis metros de elevación, cuyas bases se unían en un ángulo agudo que tenía por vértice unos peñascos horadados por la acción de las aguas.

La indígena aparecía sentada a la jineta sobre una de las piedras pulidas y sin aristas, en cuyo centro había un orificio del diámetro de un brazo que atravesaba el peñasco en dirección curva, quedando la abertura inferior exactamente al nivel del agua. Pero descubrimos algo más que nos obligó a mirarnos con un gesto de sincero estupor.

Sujeto a ambos muslos del cadáver por medio de tiras de cuero, pendía un extraño artefacto, consistente en un tubo de bambú de unos treinta y cinco centímetros de largo por cinco de diámetro y una especie de émbolo o pistón de madera, perfectamente acoplado, que por su parte inferior sobresalía de la caja cilíndrica, rematada por una plancha circular que hacía de tope, adoptando en el extremo superior idéntica forma que un glande humano de regulares dimensiones.

En el centro de la caja había un eje que la atravesaba, sirviendo de tope al pistón, que presentaba en su centro una ranura vertical de longitud suficiente para permitir que el vástago sobresaliera unos diez centímetros del borde superior de la caja.

Huelga decir cuál era la aplicación que la desgraciada joven daba al tosco instrumento tan hábilmente confeccionado. Introduciéndole por el orificio de la roca y sirviéndose de unos trapos, impedía la holgura del aparato en el boquete del peñasco. Después se sentaba sobre la piedra, previa la introducción de una parte del vástago en la vagina, suponiendo lógicamente que el aparato ejercería el suficiente roce para provocar la excitación clitoridiana, al mismo tiempo que el convencional pene causaba la natural acción voluptuosa en las zonas erógenas internas. El elegante motor no era más que el movimiento ondulatorio de las aguas que accionaba el émbolo hacia arriba, para caer después por el propio peso de la gruesa plataforma, base del órgano movible del curioso instrumento.

La muerte ocurrió por inhibición nerviosa, esto es, por un colapso que paralizó todas las actividades vitales de la desdichada. Aquel raro aparato hidráulico fué empleado antes, durante muchos años, por la repugnante lavandera china, como ella misma acabó por confesar después del laborioso interrogatorio a que fué sometida por la señora Witkins.

Aparte de estos artificios más o menos ingeniosos, las mujeres emplean los objetos más absurdos imaginables. De esto hay pruebas en los testimonios de numerosos ginecólogos que citan casos increíbles, por los cuales hubieron de efectuar intervenciones quirúrgicas, no siempre fáciles de resolver, especialmente cuando se trata de objetos introducidos en la vejiga. Un autor dice que se han extraído los siguientes objetos: lápices, barras de lacre, carretes, horquillas, agujas de hacer media, de crochet, alfileteros, compases, tapones de cristal, velas, corchos, cubiletes, tenedores, mondadientes, cepillos de dientes, tarros de pomada, etc. El mismo autor dice que el doctor Grünfeld, de Viena, reunió 115 casos de cuerpos extraños en la vejiga, 68 en hombres y 47 en mujeres. Ahora bien, mientras los hallados en hombres eran resultado de un accidente quirúrgico, los hallados en mujeres habían sido introducidos por las mismas pacientes. «Estas suelen profesar la mayor ignorancia, dice, en cuanto a la manera como llegó allí el objeto, o dicen que impensadamente se sentaron encima, o que lo usaban para promover la orina. El caso más antiguo de que tengo noticia es el citado por Plazzón en Italia, en 1621: era el de una joven honrada, con un gran clítoris, que, tratando de satisfacer la excitación sexual con auxilio de un alfiler de hueso, lo insertó en la vejiga, de donde lo extrajo Aquapendente.»

Otro autor afirma que más de las nueve décimas partes de los cuerpos extraños hallados en la vejiga o uretra femenina se deben a la masturbación, y que la edad de los individuos en quienes se hallaron tales objetos suele ser de diecisiete a treinta años, pero en algunos casos se encontraron en niñas menores de catorce años, y a veces en mujeres de cuarenta a cincuenta; los objetos más grandes se hallan principalmente en la vagina, y en mujeres casadas.

Yo conozco varios casos de esta naturaleza; a una mujer de treinta y dos años, soltera y nulípara, la extrajo un compañero una concha de cinco centímetros de diámetro; a otra se la sacó una manzana de un tamaño aproximado; otra solicitó asistencia

para que se la librase de los dolores que la producía una caja de vaselina de cuatro centímetros de diámetro; otra se había introducido una copita de las de licor, con tan mala fortuna que se la rompió en el fondo del saco vaginal con los esfuerzos que realizó para librarse del extraño objeto.

Las botellas de cuello largo se utilizan entre las prostitutas llenas de un líquido caliente cualquiera. Conozco el caso de una joven de veinte años que en el invierno se ponía a los pies una botella de agua muy caliente. Como sintiera deseos de satisfacer sus necesidades eróticas, vació la botella y se introdujo el cuello en la vagina. En estos manejos se efectuó el vacío, y cuando quiso retirar la botella halló que estaba aprisionada. Por fin, valiéndose de una plancha, rompió el recipiente, pero uno de los trozos la produjo un corte muy profundo en el labio menor izquierdo, sufriendo una abundante hemorragia.

También se refiere el caso de una muchacha que se introdujo un alfiletero cerrado para masturbarse. No debió estar bien cerrado, pues abriéndose, las agujas y alfileres que contenía se derramaron en la cavidad vaginal, siendo necesaria una dificilísima operación quirúrgica para extraer las que se habían insertado en las mucosas y en la pared de la vejiga, algunas muy profundamente. Esta mujer manifestó que el alfiletero se lo había introducido accidentalmente, y sin darse cuenta, en lugar tan íntimo y cerrado.

De todos los objetos usados por las mujeres para procurarse placeres eróticos, el más común hasta hace pocos años, es decir, hasta la moda del cabello corto, han sido las horquillas. Numerosos cirujanos citan casos de accidentes graves producidos por la introducción en la uretra de horquillas de distintos tamaños y en mujeres de todas las edades, aunque con mucha mayor frecuencia en las solteras.

Está comprobado que en algunas mujeres el máximum de sensaciones voluptuosas se consigue en el esfínter u orificio de la vejiga. Antiguamente, algunos autores aseguraron que «la uretra es la parte en que ocurre el orgasmo», lo que si bien no puede admitirse en términos generales, es posible en bastantes mujeres, especialmente en aquellas en las que los excesos de la masturbación clitoridiana o vaginal han producido cierta insensibilidad en dichos órganos.

Otra de las razones que determinan la presencia de horquillas

y otros objetos de estructura parecida en la vejiga como consecuencia de esos hábitos masturbatorios, es la facultad de absorción que, al parecer, posee el mecanismo fisiológico de la vejiga. No obstante, esto no ocurre siempre, sino cuando a consecuencia del orgasmo la mujer pierde por unos momentos la noción de las cosas. Una mujer soltera de cuarenta y dos años, que estaba al servicio de un honorable sacerdote, fué a que el médico la extrajera una horquilla, sin querer confesar cómo se la había introducido. A la salida de la clínica conversó con la criada del doctor, y entonces la dijo: «No se acueste nunca sin sacarse las horquillas, porque ocurren accidentes con gran facilidad.»

Un médico francés, el doctor Danucé, de Burdeos, llegó a la conclusión de que la presencia de las horquillas en la vejiga es el resultado más común de la masturbación que conocen los cirujanos. Muchos de éstos son de la misma opinión. La prueba de ello es que en el año 1862 un cirujano alemán halló este accidente tan común, que inventó un aparato destinado a extraer las horquillas que por «accidente casual» pudieran introducirse en los órganos sexuales de las mujeres.

Un chisme muy curioso que he tenido ocasión de ver en Sud-América, consiste en un huso de unos cuarenta centímetros de longitud y dos de diámetro, cuya extremidad inferior está provista de cuatro chapitas de madera colocadas perpendiculares y equidistantes al eje del artefacto. El mecanismo masturbatorio lo producen haciendo girar rápidamente el vástago de la misma forma que se accionan los molinillos de hacer chocolate. En este caso, las excitaciones se producen en la porción vaginal del útero y en las inmediatas de la vagina.

Otro ingenioso aparato parecido al *jirimno-tana* japonés, de que hablaremos más adelante, consiste en las cáscaras de una nuez entre las que se aprisiona a un escarabajo. El animal, al pugnar por salir de su prisión, ejecuta movimientos muy rápidos, y como la nuez se introduce profundamente en la vagina, estos movimientos constituyen el mecanismo de la excitación, que se produce también sobre el útero. Schroeder cita el caso de una mujer a la cual se extrajo de la vagina un tarro de pomada, siendo lo más sorprendente la presencia de un escarabajo que aún permanecía vivo. Con el mismo fin suelen utilizarse las abejas, de las que se encierran en una caja adecuada diez o doce, las cuales hacen que el aparato

se mueva, produciendo titilaciones de gran efecto en las paredes de la vagina.

Los casos de esta naturaleza no siempre son conocidos de los investigadores, a no ser que medien las confesiones de las interesadas, lo que nunca es fácil, ya que cuando a consecuencia del empleo de esos medios no ocurren accidentes, es poco menos que imposible que la joven divulgue su secreto. No obstante, algunas mujeres médicas reciben confesiones muy curiosas de sus congéneres, pero el «espíritu de cuerpo» es algo que les veda, mucho más que el secreto profesional, divulgar las rarezas de las pacientes, aunque jamás un investigador ha facilitado el menor detalle que pudiera servir para revelar las circunstancias que siempre deben ocultarse.

AMANTES INANIMADOS

Las «gomas de París».—La aventura de un marino.—Mujeres de goma.—Descripción de un aparato.—Las esculturas eróticas.—Sus virtudes curativas.—La «bruja blanca».—Costumbres de los indios.—Los ídolos de Haiderabat.—La iniciación de las vírgenes.—Muñecos fálicos.—En los harenes turcos y persas. En las colonias europeas.—Una anécdota curiosa.—Las damas de los siglos pasados.—Los cuadros y las estatuas.—Amantes mecánicos.

Algunos establecimientos parisinos de "artículos de goma de París" iniciaron en el siglo pasado la fabricación, a título de ensayo, de unos maniquíes humanos de los dos sexos, tintroduciendo así una nueva modalidad en el autoerotismo. Hoy es fácil que se fabriquen "en serie" en París, Londres, Viena y otras ciudades.

Muchos autores, entre ellos Chapotín, han desmentido que tales aparatos existieran, diciendo que no era más que una invención de los editores de ciertos catálogos de gomas; pero, a pesar de tan autorizadas manifestaciones, no cabe duda que lo mismo los hombres que las mujeres a quienes las circunstancias obligan a permanecer alejados del sexo contrario, pueden encontrar estos amantes inanimados y forjar con su auxilio quimeras amorosas de toda índole. Y como prueba de que dichos maniquíes existen, reproducimos una fotografía editada por un autor austriaco. (Lámina III.)

El mismo Chapotín, después de negar la existencia de estas figuras destinadas a usos completamente eróticos, refiere la siguiente anécdota que he leído anteriormente a otro autor que no recuerdo: "Se cuenta, sin embargo, que un capitán de un buque usaba en su camarote una de estas figuras. Con gran sorpresa, un día se vió atacado por una afección venérea, leve, pero muy molesta. Una encuesta realizada le permitió descubrir que el marinero que le servía de ordenanza había imitado a su amo y abusado de la mujer ar-

tificial. Padecía una enfermedad venérea, siendo esta la causa de la infección del capitán."

Con anterioridad a la fecha de edición del libro del autor citado (1926), tuve ocasión de ver un maniquí femenino destinado a estos usos por el capitán y el segundo de un barco noruego que hacía escala en Lisboa. El artefacto había sido adquirido en París, y costó a sus propietarios la suma de dos mil francos. Estaba construído de caucho duro, siendo vulcanizado el que correspondía a las extremidades y la cabeza, y el resto bastante más blando.

Confieso sinceramente que la primera impresión que me produjo el maniquí fué la de una mujer auténtica: aquellos "solitarios" lo tenían perfectamente acondicionado en una caja de tamaño adecuado para que pudiera guardarse sin necesidad de doblarle, aunque también podía ocupar un espacio más reducido, ya que estaba provisto de una válvula, a fin de poderle llenar de aire, con lo que adquiría una consistencia y volumen variables.

Un sistema especial de calefacción por medio del agua, permitía dar a la figura una temperatura adecuada. Los órganos sexuales estaban maravillosamente imitados, pudiendo desmontarse con facilidad, a fin de poderlos limpiar. Los ojos aparecían entornados y la boca entreabierta. El monte de Venus no era de vello, sino de hilos de goma que daban sensación de realidad. Indudablemente, el autor del molde tenía el más completo conocimiento de la anatomía femenina. No obstante, el maniquí era inerte; pero me dijeron sus poseedores que por mil francos más los fabricaban movibles y con otros perfeccionamientos.

Pero si hemos de considerar que la introducción en el área erótica de estas invenciones es un resultado de la civilización, es porque se desconocen los usos de ciertos indígenas australianos, brasileños, indios norteamericanos, chinos, indostánicos, etc. En algunas islas de Oceanía se conocen desde hace infinitos años las propiedades curativas de una madera blanca, parecida al chopo, y que tiene la propiedad de ser incorruptible ni aunque permanezca enterrada en humedad durante muchos años. Estos indígenas están persuadidos de que las dolencias sexuales—blenorragia, chancros, bubones, etc.—no pueden curarse por otro procedimiento que practicando el acto sexual con jóvenes blancas, de las cuales creen que disfrutan de cierta inmunidad. Un colono inglés establecido en Australia, recibió un día la proposición muy seria de un jefezuelo de tribu de aquellos alrededores, hombre casi civilizado, de que le entregase a su hija, con

el fin de librarse de las molestias de una dolencia sexual que había resistido a los tratamientos prescritos por los curanderos, por los médicos blancos y hasta a las prácticas realizadas con la "bruja blanca".

Naturalmente, el colono rechazó la proposición, pero quiso enterarse de qué era aquello de la bruja blanca. Entonces manifestó el indígena que, a tres días de camino del poblado, había una tribu en cuyos recintos sagrados había una tosca estatua de mujer, hecha de madera blanca, la cual utilizaban los hechiceros para curar las enfermedades venéreas de los indígenas y también con el fin de iniciar a los guerreros jóvenes en los misterios de la procreación.

En efecto, el colono comprobó que la tribu tenía en gran estima el ídolo mitad divino y mitad pagano, del que se servían los salvajes de los poblados inmediatos para curarse las infecciones naturales de la falta absoluta de higiene.

La figura tenía un orificio en lugar conveniente, y los sacerdotes la alquilaban a quien quisiera pagar sus servicios que casi siempre eran eficaces, al decir de aquellas gentes. Cuando el paciente era una mujer, se servía de una imitación del miembro viril; en ambos casos, para que la curación se efectuase era necesario que los enfermos experimentasen el orgasmo.

En los templos indios en que tiene lugar la iniciación de los jóvenes en los deleites eróticos, existen desde tiempo inmemorial dioses y diosas de madera, barro o piedra, con sus órganos genitales correspondientes y de forma que puedan ser utilizados por los neófitos en la forma que conviene a los ritos. En otro volumen nos hemos referido a estas ceremonias de la iniciación sexual, que suelen celebrarse con la máxima solemnidad.

El *lingham*, como ya habrá visto el lector del volumen aludido, no es más que una imitación fálica que se utiliza lo mismo para que se desfloren las vírgenes, que para que se lo introduzcan en la vagina las mujeres enfermas de mal venéreo e incluso para remediar la esterilidad de mujeres, vacas, cabras y cerdas. No obstante, aparte del citado instrumento, en las cercanías de Benarés hay un ídolo de piedra, colocado en cuclillas, el cual está provisto de unos atributos viriles de tamaño normal. Las mujeres se sientan sobre el lecho que forman los brazos y manos del ídolo, de forma que pueda efectuarse la intromisión del miembro en la vagina en la postura que los latinos denominaban "a tergo", es decir, con la parte posterior de la mujer aplicada a la anterior del hombre.

Durante ciertas épocas del año, las mujeres afectadas de algún trastorno funcional, como por ejemplo la frigidez, la dilatación o la estrechez vulvar o vaginal, etc., acuden en peregrinación a solicitar los favores del dios. Estas escenas se verifican sin que pueda presenciarlas ningún hombre, en cuyo caso no sería posible la curación del desarreglo. Es preciso también que se realice la detumescencia, y con el fin de dar más carácter al rito, las mujeres calientan con la llama del aceite de coco el miembro milagroso, de cuya forma las sensaciones voluptuosas se experimentan más rápidamente.

En Haiderrabad, según refiere el explorador Lafargue, existen varios ídolos construídos de maderas preciosas, generalmente ébano y sándalo, cuyos fines son completamente eróticos. Son utilizados por las mujeres cuyos maridos están ausentes o enfermos. Dice también que, lo mismo que en España, es costumbre que los mendigos recorran los pueblos llevando imágenes religiosas. En ciertas regiones de la India hay una casta de faquires que van por los poblados ofreciendo las virtudes milagrosas de unas estatuas de madera, de hombre o de mujer, que curan la esterilidad femenina y la impotencia masculina, respectivamente. Aquellos que utilizan los fetiches tienen la obligación de dar alojamiento al vivo que los explota durante el tiempo que haya de emplearlos, gratificándole después con dinero o especies.

En el principado de Lahore es costumbre que las mujeres que van a contraer matrimonio pasen una noche en un templo, en el cual un sacerdote verifica la desfloración de la doncella valiéndose de una figura de hombre provista de un miembro viril de madera, barro o cobre. Después de desflorada, es condición precisa, para llegar pura al matrimonio, que pase el resto de la noche en la intimidad con el sacerdote, el cual completa la iniciación valiéndose de los medios que le proporcionó la naturaleza.

Los indios norteamericanos, muy aficionados al bestialismo con sus caballerías, utilizan para procurarse satisfacciones eróticas unas groseras esculturas de madera, cuyos órganos genitales están imitados por dos planchas de goma de chiclero, de la cual se extrae la conocida goma de mascar denominada "chiclets".

En China se conocen de muy antiguo unos artefactos que se denominan "damas coreanas", que representan una mujer desnuda y con los pies deformados. Están construídas de caucho virgen, y convenientemente coloreadas, y al decir de Matignon, "es raro que falten en la alcoba de los mandarines". También los indígenas del Bra-

sil utilizan los "favores" de estos amantes inanimados, construídos, como los de los chinos, a base de caucho virgen.

En los países civilizados, no es sólo el hombre, como en los salvajes, quien recurre a estos procedimientos; no hace mucho tiempo fué detenida una mujer que traficaba en drogas heroicas, en cuyo domicilio se encontró un maniquí masculino dotado de todas las características de la virilidad. Se comprobó que el artefacto había sido fabricado en Austria.

También en dicho país se venden en los establecimientos de gomas unos muñecos de apariencia completamente "honesta" que se encuentran muy difundidos especialmente entre las artistas y mujeres galantes. Estos modelos han sido reproducidos por los fabricantes franceses y belgas, según me manifiesta un amigo médico, el cual posee uno de estos curiosos ejemplares. Bajo el disfraz de muchos graciosos "Pinochos", "Polichinelas" y otros personajes por el estilo, se esconden imitaciones fálicas que constituyen los más fieles amantes de muchas viciosas. (Lámina IV.)

Un escultor francés se había confeccionado una figura de mujer desnuda en mármol policromado. La zona genital era de caucho, y estaba provista de todas las características del sexo, teniendo incluso un mecanismo que imitaba a la perfección la salida de las secreciones vaginales. Confeccionó también una figura masculina por el mismo procedimiento, que fué adquirida por una encopetada dama amiga de una de las modelos del artista, el cual recibió más tarde varios pedidos de figuras semejantes. El movimiento de las figuras masculinas se producía por medio de un ingenioso mecanismo de poleas que la mujer accionaba con las piernas.

En los harenes turcos y persas, las damas del serrallo se satisfacen con muñecos de madera y trapos que reproducen la austera figura de sus señores. El empleo de estos peleles se considera lícito siempre, sobre todo cuando los esposos están ausentes. Una viajera inglesa refiere que, hallándose en Ispahan, tuvo ocasión de visitar el serrallo de un magnate que se había educado en Inglaterra, el cual la entregó varios retratos, a fin de que, cuando regresara a Europa, encargase a un escultor que confeccionase tres cabezas en las que se reprodujeran todos los rasgos fisionómicos del potentado. La viajera, como todas las mujeres, era muy curiosa, y no pudo por menos de preguntar a su amigo para qué necesitaba las tres reproducciones de su efigie. Este, al principio, se negó cortésmente a satisfacer la curiosidad de la inglesa; pero, a fuerza de ruegos, logró que el mag-

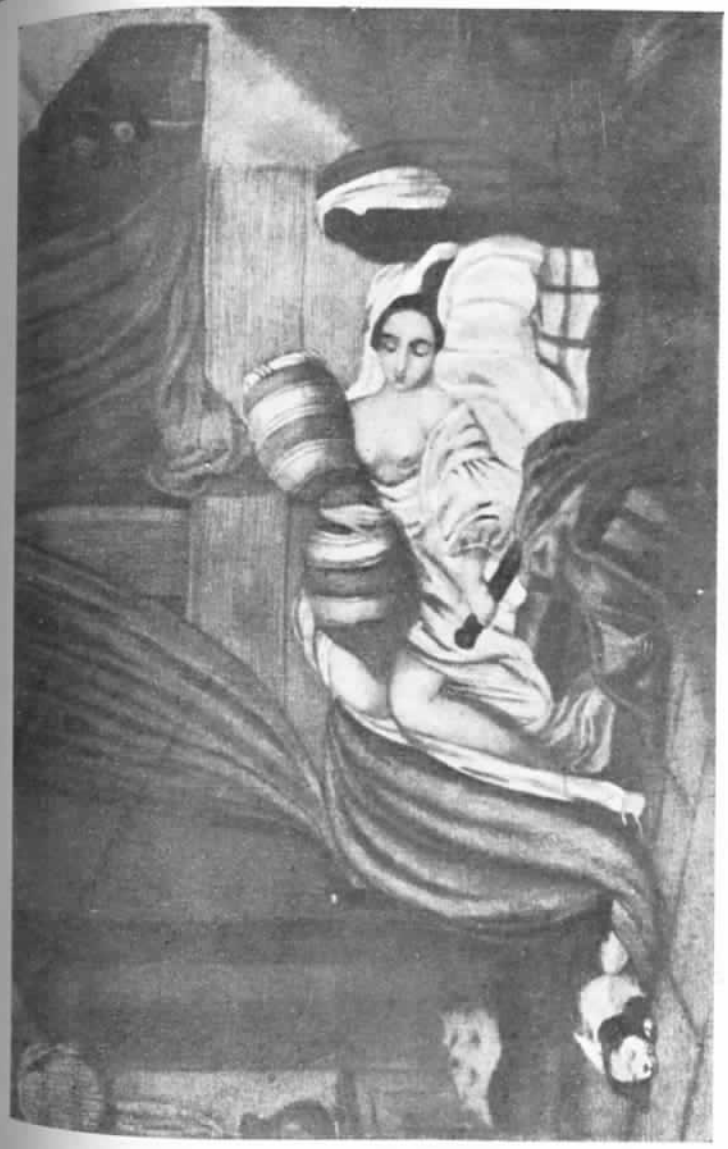
nate la dijera lo que quería saber. Más tarde, en la intimidad con las mujeres del serrallo, supo que, cuando el dueño estaba ausente, se entregaban al amor de aquellos amantes inertes, los cuales eran animados debidamente por los eunucos que no podían satisfacer a las señoras de otra manera.

Un médico francés, que ha vivido mucho tiempo en Marruecos, dice que en Marrakesh había hace años un comerciante hebreo, el cual hacía frecuenes viajes a Europa, con el fin de atender la demanda de muñecos y consoladores solicitados en regular escala por las mujeres de los serrallos y por algunas esposas de comerciantes israelitas. Este individuo le manifestó al médico que muchos consoladores de fabricación francesa tenían bastante aceptación entre los moros viejos de la ciudad, que los utilizaban para sí propios.

En las colonias europeas de Africa, según refiere Hervez, se conocen también las reproducciones humanas, que sirven en la metrópoli como sucedáneos de los procedimientos normales, y que su empleo parece más generalizado entre las mujeres que en los hombres. Con respecto a este punto, un amigo que ha vivido algunos años en la Guinea española, me refiere el siguiente caso. En una factoría, propiedad de unos ingleses, había tres mujeres de dicha nacionalidad, una de ellas casada, de las que nunca se conoció ninguna aventura por la que se pudiera poner en entredicho su honorabilidad. El marido de la casada permanecía largas temporadas en el interior, dedicado a la compra de productos del país, no permaneciendo en la factoría más que tres o cuatro meses al año que empleaba en descansar y preparar las expediciones de géneros que en mayo y octubre exportaba a Inglaterra.

Una noche, el comerciante adelantó su llegada, pues las mujeres no le esperaban hasta la tarde siguiente, y al aproximarse a una de las ventanas de la finca, como viera luz en la habitación, observó a través de los cristales lo que ocurría en el interior. Pero su sorpresa no tuvo límites cuando vió que las dos solteras estaban acostadas en el mismo lecho, a cuyos pies había un hombre blanco, al parecer dormido, y completamente desnudo. Inmediatamente pidió explicaciones a su esposa acerca de lo que acababa de presenciar.

La mujer le replicó con una carcajada, diciéndole que aquello no tenía importancia; respuesta que enfureció al colono, el cual, apoderándose de un arma, se dispuso a vengar lo que él estimaba poco menos que como la deshonra de su hogar. Ella, al verle en tal actitud, le confesó de qué se trataba: lo que él había tomado por un



EL AUTOEROTISMO DEL SIGLO XVII

Esta lámina, reproducción de un cuadro antiguo, representa la escena íntima de una mujer con los enseres de su alcoba, y que no desmiente la justicia de las ironías de Brantôme.

LAMINA V



EL «JIRINNO-TANA» JAPONÉS

La postura que adopta esta prostituta de un «yoshiwara» japonés es la clásica para el empleo de unos ingeniosos mecanismos masturbatorios muy célebres en Extremo Oriente.

LAMINA VI

hombre, no era más que una imitación que las tres mujeres utilizaban para calmar sus ardores, y que habían hecho traer de Europa por mediación de la esposa de otro colono, la cual poseía otro amante de la misma naturaleza para resarcirse de las largas ausencias de su marido.

Un escritor del siglo XVIII refiere el caso de una dama italiana, la cual dormía casi todas las noches en compañía de una escultura de madera policromada representando al dios Apolo. Otra utilizaba el silencio de una talla en roble que reproducía a un fauno, al cual había colocado en lugar conveniente un "godemiché" de caucho de fabricación italiana, "que causaba la admiración y la envidia de muchas de sus amigas por su tamaño, su ejecución esmerada y sus colores tan reales".

El amante inanimado que está al alcance de todas las mujeres y que se utiliza con gran frecuencia, no es más que una de las almohadas del lecho. Una prostituta, que estuvo recluída en un convento de arrepentidas, me manifestó que, para procurarse sensaciones que se aproximasen en todo lo posible a la realidad, se valían de las almohadas que se colocaban entre las piernas, produciendo la excitación por medio del roce.

Este procedimiento era muy conocido por las mujeres "nones" del siglo pasado, y algunos autores citan casos muy curiosos refiriéndose a las damas que tenían a sus esposos ausentes del hogar marital. Un pintor del siglo XVII tuvo la humorada de reproducir una de estas escenas en la lámina que publicamos. (Lámina V.)

En aquel tiempo, aunque nuestros moralistas afirmen que "cualquier tiempo pasado fué mejor", es decir, más moral en lo que afecta a las costumbres sexuales, las prácticas autoeróticas eran uno de los entretenimientos más agradables de las mujeres. Como dice Brantôme, "hasta la forma de muchos enseres domésticos de uso femenino, parecían recordar a las mujeres aquello que tanto apetecían". En efecto, en la lámina anteriormente citada, vemos que el palo de la silla adopta en su extremo una estructura cuyas características no ha omitido el pintor del cuadro.

Una dama sienesa guardaba con mucho cuidado un cuadro reproduciendo a un atleta romano. En la parte correspondiente a los órganos genitales había practicado un orificio, por el cual asomaba una reproducción fálica, con la que completaba las excitaciones que la producía el atleta pintado en el lienzo.

Los cuadros y las estatuas, convenientemente arreglados, sirven

tanto a las mujeres como a los hombres para procurarse sensaciones eróticas. El guardián de cierto museo utilizaba un desnudo de mujer en sus delirios solitarios, después de haberle hecho un orificio en la región sexual, aunque tenía buen cuidado de disimular la abertura. El hecho fué descubierto por un restaurador del museo.

Otro caso parecido es el de un anciano de sesenta años, el cual se había hecho pintar por un buen artista un desnudo de muchacha. Para lograr sus deseos se valía de una prostituta, la cual se situaba detrás del lienzo, practicando la "fellatio" o la masturbación.

Hay una leyenda acerca de por qué no tiene brazos la Venus de Milo, revelación de un viejo caso de pigmalionismo, o amor a las estatuas, que se refiere también al amor de un hombre hacia la célebre amante inanimada. Pigmalión, rey legendario de Tiro, que fué asesinado por su mujer, el cual dedicaba a las estatuas sus ardores sexuales.

Claro es que el pigmalionismo no siempre se relaciona con la masturbación, ni es justo establecer una semejanza rígida entre ambas perversiones. El amor a las estatuas, aunque se tradujese en goces eróticos, era más bien la adoración a la forma de la manera exaltada que la practicaban los antiguos griegos. Psicológicamente considerado, el pigmalionismo era una forma del autoerotismo psíquico, mientras que la afición a los amantes inanimados en los casos descritos, aunque participa de ciertos elementos de influencia estética, éstos no pasan de ser un complemento exclusivamente erótico de todo el mecanismo psicofísico.

También los invertidos se sirven de estos procedimientos artificiales para satisfacer su sexualidad. No son sólo las imitaciones fálicas, como hemos visto anteriormente, sino que las estatuas y hasta los amantes artificiales que emplean las mujeres, suelen tener bastante aceptación entre estas gentes. Un escrior inglés del siglo pasado, que vivió algún tiempo en Africa, tuvo un amante negro, que tuvo que abandonar cuando regresó a la metrópoli. Para resarcirse de la separación, se hizo tallar una escultura en la que introdujo ciertas modificaciones que no consideró prudente dictar al escultor.

También la electricidad ha sido aplicada para estos usos, si hemos de creer lo que dice un novelista erótico alemán, el cual habla de una joven, ingeniero electricista, que inventó un hombre mecánico. Tan perfecto era el invento, que la muchacha se enamoró de su obra apasionadamente, hasta el extremo de querer dotarle de un cerebro mecánico. La última modificación que introdujo en el autó-

mata fué el aparato genital, cuyo miembro entraba en erección por medio de unos resortes que se relacionaban con el mecanismo cerebral.

Cuando hubo perfeccionado su invento, rompió el compromiso de matrimonio que había contraído con un compañero, y desde entonces se dedicó por entero al amor que le inspiraba su genial obra mecánica. Refiere el autor que el despechado novio estuvo vigilándola mucho tiempo, hasta que la vió entre los brazos de un hombre. No pudiendo resistir por más tiempo sus celos, un día esperó a la puerta de la casa en que ella habitaba a que saliera el amante con ánimo de provocarle. Vió salir a la joven, pero no así al que le había arrebatado su amor. Tres o cuatro días duró aquella vigilancia, y convencido de que el misterioso amante no salía de la casa, valiéndose de engaños, consiguió que la criada de su ex novia le franquease la puerta. Entonces fué cuando descubrió la verdad de todo, y lejos de indignarse, esperó tranquilamente el regreso de la amada, sobornando a la doncella. De esta forma pudo apoderarse del secreto del invento, y al cabo de unos meses de incesantes trabajos, logró fabricar una figura de mujer exactamente igual a la de hombre que poseía la joven, y cuando estaba seguro de que los dos mecanismos podían funcionar perfectamente, llevó su maniquí a la casa de ella, en ocasión de estar ausente. Al regresar y entrar en su habitación, vió con sorpresa que su amante mecánico estaba *traicionándola* con otra mujer. En esto salió el ex novio de donde estaba escondido, y desde entonces renació en ella el antiguo amor, viviendo las dos parejas, la humana y la mecánica, en la mejor armonía durante muchos años.

LOS RECURSOS DE LOS ASIATICOS

El erizo chino.—Husos eróticos.—Masturbación filarmónica.—El «violín» de los chinos.—El «jirinno-tana» de las japonesas.—Funcionamiento de estos aparatos.—Confesiones de una «oirán».—Artificios refinados.—Los pajaritos masturbadores.—El espejo de las chinas.—Difusión de las reproducciones fálicas.—En un teatro chino.—En los prostíbulos.—Mecanismos ingeniosos.—El elogio del «chi-li».—Annamitas y tonkinesas.

Las más extrañas formas de satisfacción erótica que pueden imaginarse, sólo es posible encontrarlas en Asia, especialmente en China y en todos aquellos países en los que ejercen alguna influencia los hijos de la celeste y desquiciada República amarilla. El doctor Jacobus dice que el chino no satisfecho con la voluptuosidad del coito simple, ha buscado el modo de aumentarla por medio de diversos y numerosos artificios, de los cuales cita varios a los que aludiremos en el presente capítulo.

El *erizo chino* es un aparato que, como casi todos los de esta naturaleza, no son empleados en beneficio del aumento de excitaciones en el hombre, sino que con su empleo se tiende a procurar a la mujer las mayores sensaciones voluptuosas.

Al hablar del impulso sexual femenino, hemos hecho referencia a los diversos métodos empleados por los pueblos salvajes y muchos civilizados, procedimientos que, si es cierto que benefician a la mujer, sólo se obtienen a cambio de la práctica de muy dolorosas operaciones que el hombre tiene que practicarse en su miembro viril, como la perforación del glande, la introducción de piedrecitas para hacerse verrugas y otros manejos por el estilo.

El erizo chino, que cita el doctor Jacobus, consiste en "una corona de finas y suaves plumas, adheridas sólidamente por su extremo inferior a un hilo de plata, que circunda un anillo del mismo metal, de dimensiones variables y suficientemente grande para que a su

través pase el glande en estado de sosiego, y bastante pequeño para que no pueda retroceder en estado de erección detenido por la corona. Este aparato aumenta sensiblemente las dimensiones del pene, y se comprende perfectamente que la fricción de las barbas [illegible] plumas sobre las mucosas de la vagina procure sensaciones de una naturaleza particular. Y de tal modo son enervantes, que los médicos chinos prohiben el empleo del erizo para las mujeres encinta, las cuales se sirven de él a menudo para abortar".

Hay otros aparatos de efectos recíprocos, es decir, que si bien aumentan las sensaciones voluptuosas de la mujer, también ejercen la misma influencia en el erotismo del hombre. Se trata de una especie de cepillo exactamente lo mismo que los que se emplean para limpiar los cañones de las armas de fuego, es decir, de estructura cilíndrica, y del mismo diámetro que el miembro viril. El huso, que está formado por un alambre de plata muy fino y trenzado, se lo introduce el hombre en el canal uretral. La extremidad inferior es una bolita del mismo metal, y su misión, como el huso, es producir excitaciones en el canal uretal y en el esfínter prostático.

El *violín*, también descrito por Jacobus, es otro artificio muy conocido en China, y que lo emplean los viejos amarillos para la masturbación anal. Este chisme fué visto por el referido doctor en una casa de prostitución masculina, diciendo que no ha encontrado mención de él en ningún otro sitio. "Consiste—dice—en un aparato de forma ovoidea muy prolongada, de doce centímetros de longitud, y cuya parte anterior queda terminada por una semiesfera de ocho milímetros de radio. El mayor diámetro es poco mayor de cuatro centímetros, y el más pequeño, como la mitad del primero. La parte posterior, cilíndrica y de un diámetro alrededor de dos centímetros, está abierta y con el borde ensanchado como el pabellón de una trompa como las que tocan los niños. Este aparato, que es de plata, está hueco y es muy pequeño, pero suficientemente rígido, y no es otra cosa que un violín. En efecto, una cuerda metálica, análoga a la de un piano, está fijada en el interior y sobresale cerca de un metro. El aparato está terminado por una empuñadura.

"He aquí cómo se emplea este raro instrumento. Una vez engrasado, se lo introduce delicadamente y con precaución a lo largo del diámetro mayor, en el ano del melómano erótico, hasta que queda detenido por su parte ancha. En seguida, se le hace describir dulcemente un cuarto de revolución, y entonces el diámetro mayor viene a colocarse a través del orificio anal que guarda verticalidad,

y así, queda fijo. El melómano se pone a cuatro patas sobre la cama, apoyando la cabeza contra la almohada. Entonces el ejecutante tiende la cuerda, tirando suavemente de la empuñadura con la mano izquierda, y cuando está tendida, rasca con la mano derecha un arco metálico sobre este violín extravagante." El doctor Jacobus no ha visto el aparato, pero se le ha afirmado, de la manera más positiva, que esta sinfonía chinesca procuraba sensaciones fisiológicas y la erección, ciertamente, en los viejos crapulosos gastados y llenos de hastío.

Un aparato muy parecido empleado por los viejos annamitas consiste también en una forma de miembro viril perfecto, en cuya extremidad, parecida al glande, y en su interior, hay una polea que se acciona exteriormente por medio de la tracción alternativa de las dos extremidades. Tanto en uno como en otro, las sensaciones voluptuosas se producen en virtud de la titilación de las paredes prostáticas y la raíz perineal del pene.

El instrumento autoerótico más célebre de todo el Asia es el *jirinno-tana* de las japonesas, que, según Jacobus, es muy conocido en China. No obstante, la descripción que dicho autor hace del artefacto, difiere algo de lo que es el de las japonesas. La descripción que hace Jacobus, atribuyendo su empleo a las damas chinas, es la siguiente: "Consiste en una bola alargada o, más bien, una especie de huevo de plata o de marfil del grueso de un huevo pequeño de gallina, tan ancho como largo. Este huevo tiene una separación, donde se coloca cierta cantidad de mercurio, después de lo cual se revisa bien y se engrasa cuidadosamente. La mujer se lo introduce en la vagina y se tiende en uno de esos sillones basculantes que los ingleses llama *rocking-chair*, al cual se le imprime un movimiento de columpio de adelante hacia atrás. Con estos movimientos, al paso de lugar, alternativamente, del mercurio del uno al otro extremo del huevo, hace que éste se deslice en la vagina, produciendo una masturbación de género especial. Añadamos que, siendo hemisférico el extremo por el cual se le introduce y el otro más alargado, se favorece la salida del aparato al levantarse la mujer."

Otro autor dice: "Las mujeres japonesas han sido tal vez las que han llevado las artes mecánicas del autoerotismo a su mayor grado de perfección. Usan dos bolas huecas, del tamaño próximamente de un huevo de paloma (a veces usan una sola), las cuales, según las describen Joest, Christian y otros, están hechas de una hoja muy fina de metal: la una está vacía, la otra (llamada el "hom-

brecito") contiene una bola pequeña, de un metal pesado, o a veces un poco de azogue, o lengüetas de metal, que vibran al ponerse en movimiento, de suerte que, si las bolas se tienen juntas en la mano, se produce un movimiento continuo. La que está vacía se introduce primero en la vagina, en contacto con el útero, y después la otra; el menor movimiento de la pelvis o de las caderas, y hasta el movimiento espontáneo de los órganos, hace que la bola de metal o el azogue rueden, y la vibración resultante produce una prolongada titilación voluptuosa, un choque grato, como el producido por el contacto de un aparato eléctrico inductivo de poca potencia. El artefacto se mantiene en la vagina por medio de un tapón de papel. Las mujeres que usan estas bolas se deleitan columpiándose en una hamaca o en una mecedora, produciéndole la delicada vibración de las bolas, de una manera lenta, el mayor grado de excitación sexual." (Lámina VI.)

Su empleo está muy difundido en China, Annam y la India, pero en todas partes se considera como de procedencia japonesa. Este aparato se conoció en Francia en el siglo XVIII con el nombre de *pomme d'amour*, y Bachaumont, en el año de 1773, habla de "un instrumento muy extraordinario de amoroso misterio", traído por un viajero de la India, y describe esta "bola erótica", del tamaño de un huvo de paloma, forrada de piel suave y brillante.

Independientemente de las anteriores descripciones, lo que prueba que existen varios modelos de este aparato, puedo decir que una prostituta japonesa que vivió en Suramérica durante los primeros años de su juventud, me mostró el instrumento de que se valía para procurarse goces solitarios, y que no era más que el célebre *jirinnotana*. Era una especie de bola de plata, del tamaño de un huevo pequeño de gallina, completamente hueca y provista en su interior de unas plaquitas del mismo metal que giraban en sentido de aspa sobre un eje. El motor, por decirlo así, era una pequeña porción de mercurio que se introducía por un orificio de cierre hermético.

El mercurio hace mover las aspas, y éstas comunican un movimiento vibratorio al aparato, produciendo la suficiente excitación en el cuello uterino, en las mucosas vaginales y, seguramente, por reflejo, en el clítoris. Este procedimiento ofrece el grave inconveniente de una peligrosa intoxicación mercurial, por lo que el motor de metal líquido se sustituye, no sin desventaja, por pequeñas bolitas de acero. El precio de un *jirinno-tana* suele ser de veinte a treinta

dólares, expendiéndose en casi todas las casas de prostitución japonesas.

Sé de otro aparato destinado al mismo uso que el anterior, y aunque la teoría viene a ser semejante, presenta la particularidad de que su mecanismo es, pudiéramos decir, de sangre. Es más cómodo también, puesto que su dueña sólo tiene que colocarse en postura adecuada, sin que se vea precisada a efectuar el menor movimiento.

Consiste, simplemente, en un cono truncado hecho de una chapa de metal muy fina, siendo su diámetro en la base de unos treinta milímetros por veinte en su extremo, que termina en forma esferoidal. En la base tiene una pestaña cuyo diámetro varía entre cincuenta y sesenta milímetros, no pasando la longitud del artefacto intromisible de cinco centímetros.

¿Su empleo?... Veremos hasta dónde llega el ingenio de estas interesantes mujeres. Hacen falta dos o tres pájaros perfectamente domesticados, que en el Japón se llaman *oyiris*. Pertenecen a la familia de los colibríes, pequeñitos y de bellísimo plumaje, muy voraces, pues suelen comer de una vez la equivalencia de su peso. Prefieren la menudísima semilla de una flor que nace por generación espontánea en las márgenes de los ríos.

Estos pajaritos resultan de fácil domesticidad, puesto que su alimento preferido sólo lo encuentran donde su dueña quiere. Una vez lleno el cono de la semilla citada, la mujer lo introduce en la vagina, y en cuanto abre la jaula, los pajarillos se precipitan sobre la comida, posando sus patitas en la pestaña que constituye la base más ancha del cono y que descansa sobre el clítoris.

El picoteo acelerado de las aves sobre la semilla produce la titilación del aparato en las zonas erógenas vaginoclitoridianas con tal uniformidad e insistencia, que no es raro, según el testimonio documentadísimo de una joven japonesa, que por tal sistema se pueda llegar hasta la segunda repetición del orgasmo.

También este método tiene un inconveniente: y es que los *oyiris* mueren víctimas de su voracidad y de la excesiva complacencia de sus caprichosas dueñas, que no limitan a los pájaros su ración ni ellas mismas ponen coto a la satisfacción de sus ansias eróticas.

Lo mismo en China que en el Japón, las prostitutas se sirven de los procedimientos más raros imaginables. Casi todos los enseres de tocador de estas mujeres son imágenes fálicas, más o menos aproximadas a la realidad. Una forma de masturbación practicada en los prostíbulos chinos, y que pudiéramos denominar "narcisista", con-

siste en servirse del mango de estructura especial de un espejo que emplean las homosexuales. Mientras se masturban ven reflejada su imagen en el cristal, lo cual parece que aumenta las excitaciones y produce una impresión muy realista del acto perseguido. (Lámina VII.)

Pero también en los hogares honorables se conoce el empleo de estos artefactos usados por las mujeres para contrarrestar los efectos de la impotencia viril de sus esposos, con el beneplácito de ellos. En Cantón, Tien-Tsin, Fu-Chow, Shangai y otros puntos, he tenido ocasión de ver en las vitrinas de algunos comercios, y a la vista del público por tanto, imitaciones perfectamente hechas del órgano masculino, fabricados en caucho y coloreados en tonos naturalísimos.

Sería injusto afirmar que el uso de estos aparatos está reservado en esas ciudades a las mujeres chinas exclusivamente, existiendo tan nutrida colonia occidental. Supongo por ello que se trata de un artículo de importación simplemente, como lo sean los artículos de tocador, casi todos de procedencia alemana, a que tan aficionadas son las mujeres amarillas.

Pero dicho sea de paso, el empleo de esta imitación del aparato procreador, va más allá del sexo femenino: amarillos y blancos lo usan para procurarse emociones voluptuosas. Generalmente, los esposos caducos de las ardientes damas, también participan de las ventajas que ofrecen esos falos artificiales de tan sencilla adquisición.

Un médico de cierto hospital de Shangai me aseguró que había tratado a un prócer chino, al que hubo de curar una infección blenorrágica rectal producida por el mismo aparato que usaba su honesta esposa en sus delirios voluptuosos. Es lógico suponer que el fabricante del artefacto no se habría entretenido en ensayar cultivos gonocócicos en aquel ejemplar, aunque sí es probable que lo hubiese utilizado para realizar determinadas pruebas. Todo esto, admitiendo que la esposa del enfermo no hubiera contraído la dolencia por medio de vehículos naturales de contagio, lo que parece perfectamente probable.

En una representación de teatro chino, una mujer se lamentaba del abandono forzado de su esposo, incapaz de poder mitigar el ardor juvenil de la dama, que muy dignamente se resistía a traicionarle.

En el momento de las lamentaciones llegó el marido con un falo de caucho, y se lo entrega diciéndole que Confucio ofrecía a sus hijos el remedio para todos los males. El público, satisfecho, aprobó

la escena, y la desconsolada mujer se dispuso a dar al aparatito el empleo adecuado.

Este recurso y algunos más, por cierto muy conocidos de las mujeres blancas, gozan entre las chinas de una popularidad extraordinaria que no desentona con la moral de los usos sociales. Lo mismo que un médico alemán inventó un aparato para que las mujeres se extrajeran sin el auxilio del cirujano las horquillas que se dejaban olvidadas en la vejiga, así las mujeres chinas dieron en la moda de dejarse las uñas de las manos muy largas, a fin de hacer posibles ciertas manipulaciones con idea de extraer los objetos que estas mujeres emplean para masturbarse. (Lámina VIII.)

Un sustitutivo del *jirinno-tana*, ya descrito, consiste en un recipiente metálico de forma ovoidea y de tamaño no mayor que el suficiente para que en él pueda caber un escarabajo de forma que las patas del animal queden fuera del huevecito, cuyas tapas se cierran perfectamente. Este artificio se lo introducen en la vagina, y el mecanismo no es más que el esfuerzo constante que realiza el animal para librarse de aquella cárcel, cuyas paredes parece que van a aplastarle.

En las prácticas de tribadismo a que son tan aficionadas las prostitutas chinas, la imitación fálica desempeña un papel muy importante. Tal espectáculo puede presenciarse por unos centavos en las mancebías de las ciudades costeras, en las que siempre hay pupilas que, esgrimiendo tales artefactos masturban a sus compañeras. Otras veces, cuando se trata de homosexuales, hecho éste muy frecuente, la que hace de macho acciona unos muñecos especiales que imitan al hombre, especialmente en sus formas más íntimas.

En estos espectáculos se emplean los objetos de tocador, a que hemos aludido anteriormente, así como otros instrumentos hechos de papel comprimido.

Un procedimiento muy curioso consiste en el roce producido por un disco de barro de bordes ligeramente irregulares, atravesado en su centro por los dos cabos de un hilo que pasan por dos orificios. este mecanismo se acciona trenzando el hilo, y después, al tirar, se produce una rotación del disco sobre el eje de las dos cuerdas. Entonces, la operadora tira constantemente de los extremos de los hilos que, en virtud de su torsión se tornan elásticos, y el disco aplicado ligera y constantemente sobre el clítoris, es lo que produce las debidas excitaciones. Tal mecanismo puede ser empleado por la mis-

ma mujer que se masturba, practicando la fricción en sentido perpendicular a la situación del órgano clitoridiano.

Otro aparato bastante curioso, muy empleado lo mismo en China que en el Japón, consiste en un recipiente en el que se deposita arena muy fina y bien limpia, procedente del lecho de los ríos o de las playas marítimas. Se trata de un cono de treinta centímetros de altura por quince de base, cuyo vértice está provisto de un orificio para permitir el paso de la arena. Este instrumento se coloca a cierta altura, y la mujer se sitúa de manera que el chorrito de arena se proyecte exactamente sobre el clítoris, de cuya forma se producen las adecuadas excitaciones. Es un sistema parecido al que emplean sirviéndose del agua las mujeres guadalupeñas.

Un aparato denominado *chi-li*, con el cual se produce la excitación clitoridiana por fricción, es una especie de regla de madera dentada en sus aristas. Para masturbarse, las mujeres se sientan en cuclillas, sujetando la regla en posición vertical entre los muslos, y, mediante un ligero movimiento del cuerpo de atrás hacia adelante, es cómo se efectúa el roce del artefacto con la citada zona erógena. El colmo del refinamiento de este sistema, consiste en ejecutar cualquier piececita musical en una guitarra de tres cuerdas, al mismo tiempo que se efectúa el movimiento masturbatorio.

Un poeta chino compuso los siguientes versos en elogio del *chi-li*:

«Las canciones amorosas
más voluptuosas
que escucho de tus labios como la cereza,
son aquellas que entonas cuando tus pies menudos
imprimen al *chi-li* ese movimiento
que ora te hunde en tierra,
ora te eleva al cielo,
acariciando la flor roja
de tu sexo».
Quisiera que mi cuerpo fuera un *chi-li*,
y sus muecas las heridas que en el corazón
me hicieron tus desdenes.
¡Déjame que acaricie tus pies de seda
mientras que las muecas del *chi-li*
besan la diminuta flor de tu sexo! (1).

Estos instrumentos, que por lo general suelen estar construídos de cualquier madera preciosa, son también de metales finos, como el oro y la plata, o de marfil tallado. Los novios chinos, cuando ya

(1) Del libro de versos del poeta chino Lee-Feng-Way, traducido al inglés por Edward Lawson, «Anhelos», Ed. «Pharos». Baltimore.

están prometidos, y han de ausentarse por algún tiempo del lado de la amada, acostumbran a regalarlas cualquier instrumento de esta naturaleza, confeccionado con los materiales que les permiten sus posibilidades económicas.

El *chi-li* puede ser empleado por las vírgenes sin miedo a que se produzcan desgarros de la membrana himenal, muy apreciada por los chinos, ya que su acción es completamente externa. No obstante, según me aseguraron, hay unos *chi-lis* especiales, que están provistos de un vástago de la forma de un miembro viril, el cual se introducen en la vagina para completar más la ilusión del acto natural.

Un procedimiento también muy usado en China consiste en darse irrigaciones de agua caliente, valiéndose de una cánula de orificios. El recipiente del agua se coloca a dos o más metros de altura, con objeto de que el líquido se proyecte con cierta violencia sobre las paredes vaginales y el cuello del útero, considerado por los médicos chinos como el órgano más importante del placer sexual cuando se pretende la fecundación. Es decir, que para que una mujer quede embarazada, consideran estos señores que las excitaciones han de ejercerse precisamente sobre el hocico de tenca, resultando estériles los contactos en los cuales las excitaciones se producen sólo sobre el clítoris o las regiones vulvares y vaginales.

En Annam y Tonkín las mujeres de los prostíbulos se masturban de muchas maneras, pero escasamente originales, ya que los artificios empleados son casi todos de procedencia china. No obstante, aunque los métodos indígenas son por lo general muy groseros, algunos investigadores han recogido informaciones muy curiosas que contribuyen a enriquecer la lista de los instrumentos autoeróticos tan comunes en Asia.

En dichos países se fabrican unos aparatos consistentes en un pedazo de caña de bambú de unos treinta centímetros de longitud y del mismo grueso que el miembro viril, cerrados por la extremidad que se introduce en la vagina. En el interior de la caña puede introducirse un palo de menor diámetro, el cual se mueve haciéndole golpear suavemente sobre el fondo del tubo que tiene que coincidir por la porción vaginal del útero. Este simple procedimiento, al decir de las mujeres que lo usan, produce excitaciones sexuales muy intensas, tanto más cuanto más suaves y rápidos son los golpes.

Otro método de satisfacción consiste en hacer que una cuerda de un centímetro de gruesa roce el clítoris con tanta presión como la mujer quiera. Tal sistema se practica, por lo general, en las re-

uniones de mujeres solas, considerándose como un juego inocente. Las jugadoras se colocan de rodillas en tierra, apoyando la cabeza sobre los brazos que descansan en el suelo. Entonces se hace pasar la cuerda entre las piernas, y mientras dos mujeres mueven la cuerda en sentido horizontal, las que están arrodilladas procuran percibir el roce de la cuerda, que engrasan con aceite de coco. Este al parecer inocente juego, se practica durante los descansos, con preferencia en el campo, cuando tienen lugar las faenas agrícolas.

Los consoladores de caucho tienen bastante aceptación entre estas indígenas, pero dichos instrumentos son más conocidos entre las mujeres galantes que pueden procurarse tan costosos refinamientos. Por lo general, se sirven de imitaciones de animales—perros, machos cabríos, toros, gatos, etc.—o, por mejor decir, de falos del tamaño normal humano, aunque resulten monstruosos en comparación con el de los animales que tan toscamente pretenden reproducir. Un viajero dice que en los distritos rurales esas representaciones fálicas sirven de adorno en las habitaciones.

Los hombres que permanecen mucho tiempo fuera de los poblados o, por mejor decir, alejados de las mujeres, consideran denigrante la masturbación, a no ser que se practique con la ayuda de cualquier artificio que pueda dar una idea de la mujer. Al efecto, suelen utilizar los huecos de los árboles, después de haber esculpido en el tronco una tosca figura de mujer, con lo que el acto deja de ser vergonzoso.

Lo mismo que los indios, adoran a los dioses y diosas del amor que a veces adoptan formas de animales sagrados, provistos en todo caso de imitaciones de los órganos copuladores.

Lo más extraño del empleo de estos artificios es la falta de "motivos", por decirlo así, ya que la libertad sexual de estos pueblos permite la satisfacción natural de los instintos que apenas están reprimidos en su manifestación por muy escasos convencionalismos sociales. No obstante, casi siempre son razones de índole económica las circunstancias que impiden el desarrollo normal de los impulsos. Otras veces el temor a contraer enfermedades venéreas, justifica en la mentalidad de estas gentes el empleo de los artificios autoeróticos, como se observa entre las mujeres indígenas que viven en el ambiente de los "dancings" y tabernas de los puertos del Sur de Asia, las cuales temen tanto a una infección como a un embarazo, aunque ejercen la prostitución en sus aspectos más repugnantes.

En Singapoore fué clausurado un teatro de ínfima categoría, en

el cual se daban representaciones obscenas a base de mujeres naturales y hombres artificiales. La clientela del establecimiento estaba formada en su mayor parte por occidentales y chinos. Las escenas que se representaban eran de una lubricidad repugnante, y casi siempre terminaban con la intervención de los espectadores. Varias de estas figuras, generalmente de madera, me fueron mostradas por un portugués, coleccionista de curiosidades, que estaba establecido en Macao, quien había logrado reunir multitud de artefactos de esta naturaleza en una colección curiosísima en extremo, pero que no contenía todos los instrumentos que en aquellos países se emplean para tales menesteres.



PROSTITUTA CHINA

El espejo que esta joven tiene en la mano desempeña una doble misión en los «boudoirs» de los prostíbulos chinos, como casi todos los enseres de tocador usados por estas mujeres.

LAMINA VII



DAMA CHINA

Las prácticas autoeróticas con la ayuda de toda clase de pequeños objetos es tan común entre las chinas, que para evitar accidentes desgraciados se dejan crecer las uñas de las manos.

LAMINA VIII

COMO AUMENTAN EL PLACER LOS SALVAJES

Relaciones entre la erótica y la ciencia de la procreación.—Razones del empleo de los estimulantes eróticos.—El placer como recompensa por la procreación.—La sinceridad sexual de los salvajes.—Instrumentos voluptuosos. La caperuza de piel de cabra.—Los anillos excitantes.—Los cascabeles y el amor.—Los cinturones de los balineses.—Adornos y tatuajes en el pene.—Su fetichismo.—Costumbres del Senegal.

Muchos de estos artificios, de que hemos hablado, no tienen como finalidad esencial promover el aumento de las sensaciones eróticas como pudiera creerse, no porque la máxima voluptuosidad del acto carnal sea estimada como accesoria, sino por la razón de que, en la mayoría de los pueblos primitivos, la ciencia de la procreación se basa, fundamentalmente, sobre la erótica, si no queremos decir que la erotización perfecta de las relaciones sexuales es lo que contribuye más positivamente a la prosperidad y vigor de las razas.

La mayoría de los pueblos asiáticos son viciosos en todos los aspectos, tanto por los placeres que positivamente representan esos hábitos, como en virtud de la creencia de que los verdaderos goces sólo se obtienen en la tierra con más seguridad que en las regiones donde moran las divinidades.

Científicamente está demostrado que, si para la procreación es necesario el orgasmo en el hombre, no resulta lo mismo en lo que se refiere a la mujer, ya que ésta puede concebir sin necesidad de experimentar la más ligera sensación voluptuosa. Pero esta convicción, relativamente moderna, de los civilizados, no está afirmada aún en muchos pueblos primitivos cuya mentalidad permanece herméticamente cerrada a las concepciones modernas. Un médico alemán, que vivió varios años en el Camerón, realizó la fecundación artificial de una negra, hija de un reyezuelo de aquellas tribus, la

cual estaba casada con un indígena cuyo miembro viril quedó tan monstruosamente deformado a consecuencia de una enfermedad, que le resultaba completamente imposible realizar el acto carnal con su cara mitad.

El médico trató de operar al negro, pero hubo de desistir en vista de los peligros que encerraba la intervención. La operación fué propuesta por su suegro, el cual no podía resignarse a que su vieja estirpe no tuviese continuación. En vista de ello, el médico propuso realizar la fecundación artificial, ya que había comprobado en el desgraciado marido la existencia de gérmenes en buen estado.

La proposición fué acogida por el cacique con gran recelo, asegurando que aquello era imposible en absoluto mientras su hija permaneciese en la actitud pasiva que forzosamente había de guardar durante la operación. Pero el médico se desanimó por ello, y como aunque nada resultase no implicaba ningún riesgo, llevó a la práctica sus proyectos con tan buena fortuna que la hija del reyezuelo quedó embarazado después del tercer intento, dando a luz un hermoso negrito a su debido tiempo.

Huelga decir que el suceso simple revistió los caracteres de un extraordinario acontecimiento, y el hombre blanco que fabricaba hijos con una jeringa se vió adorado poco menos que como un dios, pues en adelante el número de mujeres estériles de la tribu quedó considerablemente reducido.

Este mentís rotundo a las viejas creencias indígenas sirvió para que, en adelante, los hombres rebajasen aun más el nivel social de las mujeres, porque los acontecimientos habían demostrado palpablemente que, para tener hijos, no era necesario someterse a los caprichos femeninos ni había por qué "sacrificarse" en beneficio del erotismo de la mujer.

Según el mismo médico aludido, a partir de sus experimentos, los negros, menos ardientes que sus mujeres, comprendieron que las creencias de tantos siglos habían resultado completamente equivocadas, por lo que pronto variaron de táctica en cuanto a la frecuencia de las relaciones sexuales.

Hemos referido el caso anterior como prueba de que el criterio de los salvajes que estiman la erótica como fundamento, no del matrimonio, sino de la procreación, sólo puede ser reemplazado por un concepto racional tan pronto como a ello concurran las necesarias demostraciones. Ahora bien, allí donde estas creencias están fuertemente arraigadas, resulta que el hombre que quiere tener descendencia llega hasta el sacrifiicio con tal de que su mujer quede bien satisfecha, y, por tanto, en las mejores condiciones para hacerle padre. Tal es la orientación esencial de muchos salvajes, de cuyas costumbres sexuales se forman una opinión deplorable los moralistas civilizados.

No cabe duda que, por lo menos en lo que al hombre afecta, éste supedita su interés erótico al interés general de la raza e incluso al bienestar de su mujer, cuyo buen embarazo y mejor parto dependen, según ellos, de la erotización conyugal.

En Nueva Guinea, donde se practica la fecundación artificial desde tiempos muy remotos, la erótica femenina no merece la atención de aquellos salvajes, y hasta creen que la mujer no está organizada físicamente para experimentar emociones sexuales. Si se tolera el adulterio, es porque la consecuencia que más aprecian es la procreación, sea como fuere. Un indígena estéril o impotente recaba la intervención de otro para que fecunde a su mujer, pagándole tan señalado servicio sexual.

Pero estos casos son excepcionales en el mundo primitivo. Lo mismo la mujer que el hombre, por regla general, están convencidos de que la recompensa anticipada que hacen los dioses del placer erótico, es el premio de los dolores que más tarde acompañarán al nacimiento y a la crianza de los hijos. Por esta razón, la erótica más bien parece inspirarse en un motivo religioso o divino que en estímulos específicamente materialistas.

Por esto, cuando cualquier trastorno dificulta el funcionamiento perfecto de los órganos de la voluptuosidad, se recurre a procedimientos artificiales que están muy arraigados en la vida sexual de esos pueblos. No cabe duda que en muchos casos se llega a las distintas perversiones que hemos enumerado; pero en una inmensa mayoría, la erotización es algo así como un rito solemne y formal que se celebra en medio de suntuosas ceremonias.

El pudor no adopta entre los salvajes las mismas formas que en las sociedades civilizadas. En nuestros medios, es raro que una mujer educada confiese a su marido la indiferencia que la producen sus apasionadas caricias, porque en la mentalidad femenina, transformada por la cultura, el deleite carnal llega a constituir un pecado algunas veces grave. En cambio, si existen esos frenos en la intimidad conyugal, resulta que no tienen ningún valor en el terreno verdaderamente antisocial del adulterio; muchas mujeres bien educadas son adúlteras por necesidad fisiológica o espiritual, aunque todo

ello podría evitarse, en muchos casos, si fueran más sinceras con sus maridos.

Mas entre los salvajes el pudor no afecta para nada a la esfera sexual, porque el concepto primitivo de estas funciones naturales e imprescindibles al mejor progreso de la raza, reside dentro de sus justos límites, y no está restringido por conceptos artificiales ni prohibiciones de ningún género. Siendo la institución matrimonial una sociedad que tiene por objeto el bienestar en general de los cónyuges y la crianza de los hijos, ni aun entre los mismos salvajes constituye una razón de divorcio el hecho de que la mujer o el hombre no puedan experimentar los deleites sexuales dentro de los límites de todos los procedimientos que deben estimarse normales.

No obstante, esto no quiere decir que el hombre que se mutila, que se perfora o se deforma el pene, lo haga con el exclusivo fin de tener hijos o de procurar a su esposa más amplias satisfacciones: lo hace también en beneficio propio, pero no en un sentido erótico puramente físico, sino que este interés es psíquico en múltiples ocasiones. No cabe duda que la iniciativa en el empleo de tales recursos complementarios parte siempre del hombre: ningún salvaje o civilizado se mortifica si no es porque de una forma más o menos directa se lo exige la mujer a quien ama o pretende.

Los tatuajes, las pinturas, las cicatrices, las luchas y los trabajos que realizan los indígenas masculinos de muchos países bárbaros, que naturalmente tienen que producirles dolores, molestias y peligros, no son nunca realmente espontáneos, sino que se inspiran en lo que la mujer exige de ellos para probar su resistencia, su fortaleza o su valor. Claro es que, si nos fijamos detenidamente en estos detalles, resulta que las aspiraciones femeninas en ese sentido se inspiran, a su vez, en el interés de la raza. Es la forma más primitiva de la selección sexual en la que se buscan las características netamente viriles que particularmente gustan a la mujer y, en términos generales, contribuyen a aumentar el prestigio de la raza.

¿Pero qué podemos decir del «ampallang» que usan los indígenas de Borneo, el «palang anus», los «geskels» de los patagones, el «erizo» de los chinos, los anillos excitantes de los malayos, los párpados de cabra de los polinesios, los anillos dentados de cauchú de los siberianos, el cinturón de crin de los indios argentinos, los cascabeles de los indígenas de Ara y otros artificios semejantes?... Todos estos aparatos, de los cuales ya hemos descrito algunos en otro volumen, se emplean con objeto de producir mayores excitaciones voluptuosas a la mujer, ya sea con fines reproductivos o solamente eróticos; pero lo cierto es que el hombre necesita rara vez de esos estimulantes para satisfacerse plenamente, lo que tiene fácil explicación conociendo las diferencias existentes entre los dos sexos con respecto de la erótica.

Acerca de estos aparatos, Ellis dice que son muy usados entre los pueblos de Borneo, Java, Sumatra, península Malaya, Filipinas, etc., habiéndose propagado desde allí, aunque modificados en su forma a través de la China, generalizándose considerablemente en Rusia. Afirma que en la América del Norte gozan también de gran aceptación todos estos artificios auxiliares. En efecto, Américo Vespucio y otros viajeros del siglo XV hacen referencia a dichos aparatos empleados por los hombres para aumentar el placer de las mujeres.

En Java se emplea una especie de caperuza hecha de piel de cabra, a la que no se han quitado los pelos, que son ásperos y duros. No cabe duda que este artefacto tiene que reducir notablemente las impresiones del hombre, puesto que se aplica exclusivamente al glande, por bajo de cuya corona se ata con un hilo de tripa muy fino. En la parte superior tiene un orificio para permitir la salida del esperma. Este orificio está practicado en el vértice del aparato que adopta una forma cónica, la cual debe aplicarse sobre el orificio uterino, sin duda para aumentar las probabilidades de fecundación.

Los malayos y polinesios utilizan con el mismo fin los párpados de la cabra, que se ajustan al cuello del glande. Otros aparatos más perfeccionados están construídos con anillos de goma de dos centímetros de anchura y provistos de verrugas del mismo material.

Un modelo parecido, que emplean mucho los rusos, pero que procede de Siberia o el Thibet, y que también participa de las características del erizo de los chinos, consiste en un anillo de caucho forrado con tres plaquitas curvadas de plata, las cuales están erizadas de plumas que le dan el aspecto de un escobillón.

Los indígenas de Ara se insertan en el glande unos cascabeles muy sonoros que producen un ruido bronco, los cuales fabrican las mujeres. De Conti dice haber visto a unas mujeres que no tienen otro oficio que vender unos cascabeles de metal artísticamente fabricados. «Cuando un hombre desea a una muchacha — dice — y quiere casarse, se le desgarra el pene y se le introducen los cas-

cabeles entre la carne y la piel ; el hombre que no usa estos adornos es rechazado inmediatamente, y es fácil saber si los usan o no, porque, al andar, los cascabeles suenan a cada paso.»

Lo que importa a estos salvajes no es precisamente el ruido de los cascabeles. Esta música no pasa de ser el anuncio de que el pene de su pretendiente presenta ciertas verrugas que le deforman, pero que aumentan su volumen y tiene rugosidades que producen mayores excitaciones que si fuera liso. La influencia de tal artificio debe ser muy grande, puesto que el hombre que no tiene la precaución de usarlo jamás podrá aspirar a los favores de las caprichosas beldades.

Los indígenas balineses, muy duchos en las artes eróticas, usan un cinturón de crin de caballo, que se colocan en la cintura, haciéndole seguir enrollado en forma de espiral trenzada a lo largo del pene, para atarse a la espalda la otra extremidad. La resistencia opuesta por la trenza a la erección del pene produce dolores muy agudos, que el hombre soporta pacientemente con tal de que su amante quede satisfecha. Por lo general, los mayores éxitos amorosos se consiguen en proporción con el diámetro de la trenza. Hay que tener en cuenta que estas mujeres se dilatan la vulva desde muy jóvenes, a fin de que los dolores del parto sean menores cuando llegue la ocasión de cumplir con el deber de ser madres impuesto por la Naturaleza, y al que ninguna balinesa puede substraerse.

Aparte de estos instrumentos que el hombre debe emplear para satisfacer adecuadamente los ardores femeninos, existen múltiples procedimientos que la mujer emplea por su cuenta. Kubary ha visto en las islas Carolinas cómo aquellas indígenas se introducen en la vulva un trozo de pescado fresco, muy salado, porque semejante maniobra, al decir de los indígenas, excita de tal manera a la hembra, que obliga a la orina a fluir, en cuyo momento el hombre se apodera de ella y la posee.

En otras islas de la Polinesia también se practica el mismo procedimiento. Es muy eficaz, según dicen, introducirse en la vulva polvo de pimienta mezclada con el jugo refrescante de una planta parecida a la menta. El picor producido por la pimienta excita las glándulas vulvovaginales, aumentando considerablemente la secreción, lo que, naturalmente, facilita la intromisión peniana.

En Sumatra, las mujeres exigen de los hombres que se adornen el pene con dibujos y tatuajes, lo que prefieren a todos los

demás artificios que tiendan a aumentar el volumen del miembro viril, como los anillos, el erizo y demás instrumentos semejantes.

Este capricho erótico participa de ciertos elementos fetichistas, ya que no es posible atribuir a esos adornos las virtudes de un mecanismo de excitación física, como sucede con los aparatos reseñados anteriormente. Lo que causa la admiración de estas mujeres es la belleza de los dibujos, lo mismo por su forma que por el colorido, y que a veces representan flores, pájaros, pescados o mariposas, y jamás atributos sexuales ni detalles obscenos.

Un viajero que permaneció algún tiempo entre las tribus de Sumatra, quiso averiguar las razones que tenían aquellas mujeres para preferir a los hombres cuyos penes estaban tatuados o dibujados, y todas las que consultó le dijeron que tales dibujos se estimaban como una prueba de habilidad, y que el hombre que es hábil para tatuarse tiene que serlo también en todos los aspectos de la actividad. La prueba de la existencia de un elemento fetichista de influencia colectiva en estas prácticas está en el desprecio que hacen las mujeres de los hombres que no presentan estas curiosas características, aunque tengan plenamente demostrada su habilidad en todos los órdenes de la vida y se trate de individuos civilizados.

También en algunos países los hombres exigen a sus mujeres el empleo de determinados artificios con el fin de gozar mayores voluptuosidades que las que pueden experimentarse naturalmente. Aparte de las diferentes posturas, y que por lo general no son más que un producto de la fantasía, los excitantes pueden ser de muy diversa índole, desde el astringente que reduce los diámetros vulvovaginales hasta el aparato que se destina a aumentar el volumen de las excitaciones.

Lo curioso de estas variedades es la presencia de ciertos elementos masoquistas, como veremos en los casos siguientes. En el Senegal, cuyas mujeres envejecen muy pronto en virtud de los partos frecuentes y los rudos trabajos a que están sometidas desde muy niñas, es casi una regla general que a los pocos meses de actividad erótica los órganos de la voluptuosidad femenina adquieran una dilatación exagerada, incluso en proporción con el volumen del pene del negro, mucho mayor que el del europeo. No siempre remedia este defecto el uso de fuertes astringentes, en cuyo caso el negro que no tiene dinero para comprar otra esposa, tiene que resignarse a vivir con la que tiene.

La escasa sensibilidad de las mucosas internas de estos salvajes da lugar a que las excitaciones se produzcan de una manera lenta y pesada: un matrimonio negro tarda más de media hora en conseguir el primer orgasmo, lo que se explica en virtud de lo pobre que es su sistema nervioso.

Para remediar en lo posible la falta de mecanismos de excitación en los contactos naturales, el marido exige de su esposa que se introduzca profundamente en la vagina una castaña con su cáscara espinosa e incluso un cardo. Esta operación, que resultaría dolorosísima para una mujer de otra raza, apenas si es incómoda para la negra, que lo soporta todo con tal de sujetar a su lado al marido, que seguramente la traicionará tan pronto como la ocasión se presente propicia.

El contacto del glande con la cáscara espinosa de la castaña en el interior de la vagina no remedia, como es lógico comprender, la excesiva dilatación del conducto, pero en cambio produce unos pinchazos que sirven para despertar la sensibilidad dormida o casi muerta de las partes más sensibles del órgano masculino. Un médico dice que en varias ocasiones ha tenido que curar los destrozos producidos por estos artefactos en el interior de las vías genitales femeninas, aunque nunca se le presentó ningún hombre solicitando su asistencia, lo que prueba que la insensibilidad al dolor y a las heridas es mayor en el hombre que en la mujer.

Un tirador senegalés manifestó al médico de referencia que al principio del coito los pinchos le producían bastante dolor, pero que poco a poco esta sensación era sustituída por otras excitaciones placenteras, y cuanto más fuerte oprimía el glande contra la cáscara, mayores eran esas sensaciones.

Otro sistema empleado también en el Senegal, es un anillo de goma que la mujer se aplica sobre la vulva, fuertemente atado con unas correas a la cintura y haciendo pasar otra por la región interglútea, a fin de que el aparato no se mueva lo más mínimo. El marido introduce entonces el miembro por este anillo, no sin algún trabajo, cuando está en estado de flacidez, y al obtener la erección completa, la opresión contribuye a disfrazar el estado de las partes naturales de la esposa.

En otros pueblos africanos, las mujeres se introducen en la vagina piedrecitas, conchas, trozos de madera y hasta pedazos de vidrio, con el fin de reducir el diámetro del conducto y procurar a sus esposos mayores deleites con el roce de todos estos objetos.

Los hombres y mujeres habituados al empleo de tales artificios, llegan a no poder prescindir de ellos, aun cuando fisiológicamente no fueran necesarios e incluso perjudiciales. Es muy común la observación, por lo menos en lo que a estos pueblos africanos se refiere, de que casi siempre existen elementos mágicos, independientes de la erótica, asociados a tales usos. Así se cree que ciertas piedrecitas introducidas en la vagina de la mujer tienen la virtud de facilitar el embarazo o de preservar a los cónyuges de los maleficios y enfermedades sexuales. Por otra parte, existe la creencia, muy arraigada entre los *yolofs* senegaleses, de que el placer que se obtiene con el empleo de dichos amuletos es mayor que el logrado por los medios naturales.

De esta misma opinión participan muchos pueblos salvajes o semicivilizados del orbe entero, como ocurre entre los indígenas bolivianos, los cuales son fríos de temperamento, pero muy amantes de sus hijos y francos partidarios de la política natalista.

Así, pues, cuando se habla de la vida sexual de muchos pueblos primitivos, el comentario de los investigadores no siempre es justo, cuando se trata de establecer una relación entre el empleo de esos artificios auxiliares y la ansiedad erótica de los investigados. Es necesario atenerse a muchos detalles de diversa índole para sacar la conclusión de que no es la erótica la base de la vida sexual de los salvajes, como lo es, generalmente, en los pueblos civilizados.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

PROCEDIMIENTOS MASCULINOS

Variedades de los artificios.—Su simbolismo. Razones psicológicas de su empleo.—El empleado de los coches - camas.— Masturbación masoquista.—La uretra como zona erógena. Instrumentos empleados. — Los peligros. — El orificio del baño.—La cuba y las ratas.—Aparatos mecánicos.—La masturbación eléctrica. Un sanatorio «modelo».—Masturbación rectal. Objetos extraños.—El frasco de agua milagrosa.—Casos curiosos 9

LOS ARTIFICIOS DE LAS VIRGENES

La imaginación femenina.—Los símbolos fálicos.—División de los artificios.—Procedimientos «inocentes».—El columpio.—La máquina de coser.—El corsé y la faja.—Masaje eléctrico.—La gota del agua.—Los plátanos en la mitología y en la realidad.—Del «olibo» romano al consolador moderno. — Cómo es el «godemiché».—Masturbación hidráulica.—Objetos de masturbación femenina.—Las horquillas en la vejiga.—Una confesión 23

AMANTES INANIMADOS

Las «gomas de París».—La aventura de un marino.—Mujeres de goma.—Descripción de un aparato.—Las esculturas eróticas.—Sus virtudes curativas.— La «bruja blanca».— Costumbres de los indios.—Los ídolos de Haiderabat.—La iniciación de las vírgenes.—Muñecos fálicos.—En los harenes turcos y persas. En las colonias europeas.—Una anécdota curiosa.—Las damas de los siglos pasados.—Los cuadros y las estatuas.—Amantes mecánicos. 43

Páginas

LOS RECURSOS DE LOS ASIATICOS

El erizo chino.—Husos eróticos.—Masturbación filarmónica.—El «violín» de los chinos.—El «jirinno-tana» de las japonesas.—Funcionamiento de estos aparatos.—Confesiones de una «oirán». — Artificios refinados. — Los pajaritos masturbadores.—El espejo de las chinas.—Difusión de las reproducciones fálicas.—En un teatro chino.—En los prostíbulos.—Mecanismos ingeniosos.—El elogio del «chi-li».—Annamitas y tonkinesas 53

COMO AUMENTAN EL PLACER LOS SALVAJES

Relaciones entre la erótica y la ciencia de la procreación.—Razones del empleo de los estimulantes eróticos.—El placer como recompensa por la procreación.—La sinceridad sexual de los salvajes. — Instrumentos voluptuosos. La caperuza de piel de cabra.—Los anillos excitantes.—Los cascabeles y el amor.—Los cinturones de los balineses.—Adornos y tatuajes en el pene.—Su fetichismo.—Costumbres del Senegal 65

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Mestiza guadalupeña 16

LAMINA II
El simbolismo del plátano 17

LAMINA III
Amantes artificiales 32

LAMINA IV
Amantes artificiales 33

LAMINA V
El autoerotismo del siglo XVII 48

LAMINA VI
El «Jirinno-Tana» japonés 49

LAMINA VII
Prostituta china 64

LAMINA VIII
Dama china 65